

Ira, odio, rutina, dolor. La Primera Guerra Mundial en los testimonios directos

Anger, Hate, Routine, Pain. First World War in Direct Testimony

Mario Domínguez Sánchez-Pinilla

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Se trata de abordar una **sociología** de la guerra desde la perspectiva del soldado, cuestionando algunos de los tópicos sobre los motivos de los actos bélicos (combate ideológico, lucha por la civilización, defensa de la patria) los cuales se ven desplazados por otros impulsos que aparecen de manera reiterada en los relatos o memorias de aquellos (solidaridad, hermandad de lucha, antagonismos con los oficiales) y que a su vez convocan aspectos inusitados del combate (el aburrimiento masivo, la culpabilidad de matar, la compleja relación con la retaguardia). La intención estriba en proponer una historia de las emociones en la guerra a través del análisis de los testimonios del frente para lo que se cuenta con una ingente cantidad de cartas, memorias y otros relatos de primera mano que fueron especialmente abundantes y se vieron estimulados por los dirigentes políticos y militares para cuidar la moral de la tropa en el conflicto de la Gran Guerra. La imagen resultante sugiere que la guerra no es (solo) el infierno y el soldado que empuña un arma no es una bestia enloquecida. En la guerra los actos de matar los cometen sujetos históricos provistos de lenguaje, emoción y deseo; dicho de otro modo, matar en tiempos bélicos es inseparable de cuestiones sociales y culturales más amplias, por lo que el combate no acaba con las relaciones sociales, sino que más bien las reestructura.

PALABRAS CLAVE: Gran guerra, adiestramiento, enemigo, soldado, trinchera

ABSTRACT

The text seeks to address a sociology of war from the soldier's perspective. It is questioned some of the topics on the reasons for acts of war (ideological struggle, struggle for civilization, homeland defense). They are displaced for other reasons that appear repeatedly in the soldiers' stories or memories (solidarity, brotherhood of struggle, antagonizing officers) which involve unusual aspects of combat (the massive boredom, guilt of killing, the complex relationship with rear). The intention is to provide a history of emotions in the war by analyzing the testimonies of the front. We have a huge number of letters, memoirs and other first-hand accounts that were especially abundant and were encouraged by the political and military leaders to care for the morale of the troops to the conflict in the Great War. The resulting picture suggests that war is not (only) hell and the soldier who holds a weapon is not a crazed beast. In war, acts of killing committed by historical subjects provided language, emotion and desire. In other words, the killing in wartime is inseparable from broader social and cultural issues, so that the fight does not end with social relations, but rather restructures them.

KEY WORDS: Great War, training, enemy soldier, trench

METODOLOGÍA

Toda guerra se antoja como dispendio y espectáculo máximo donde se rompen los cánones, migran las formas y mutan las lógicas. Ante todo es un espacio de contrastes: es posible que algunos perciban el conflicto como deseo y a la vez como abominación. Si nos fijamos en este mar de vivencias presenciales que quedaron para el futuro lector como formas fugaces, cosas viejas, tristes y lejanas contenidas en las cartas y diarios, más que un proceso causal encontraremos un mundo de acontecimientos que quizá trastocuen la visión tradicional de la guerra, máxime si nos fijamos en sus protagonistas, los soldados. Un efecto inmediato es la línea de temporalidad no tanto rota sino muda pues carece de criterios explicativos (las cosas que se suceden no vienen explicadas por las anteriores) o mejor se presenta a modo de sincronía narrativa una vez se concibe la escritura como mediación tecnológica de la memoria oral.

Esta temporalidad viene además marcada por el carácter cíclico. En efecto, la vida diaria de los soldados durante la Primera Guerra Mundial (PGM) solía estar envuelta en una tediosa rutina. Durante las horas de luz debían permanecer ocultos, a salvo de los francotiradores, los observadores aéreos y de los efectos de

la artillería, lo que era aprovechado para dormir con el fin de compensar la crónica falta de sueño. Los que permanecían despiertos leían una y otra vez en sus refugios las cartas que llegaban desde el hogar y, a su vez, escribían a su familia. Quizá en ninguna guerra las misivas y su correlato, los diarios, han tenido tanta importancia y han dejado un testimonio tan vívido. Aunque resulte increíble, los británicos consiguieron que el tiempo que tardaba una carta en llegar al frente o, a la inversa, fuera de tan solo dos días. Las autoridades militares eran conscientes de la enorme importancia que tenía el correo para mantener la moral de los combatientes y emplearon todos sus esfuerzos en conseguir que este servicio disfrutara de una prioridad absoluta. Franceses y alemanes también concedieron gran importancia a la comunicación postal y, aunque no alcanzaron las cotas de rapidez de los británicos, gestionaron con eficacia un tráfico postal de varios millones de cartas diarias. En los dos bandos se dieron todo tipo de facilidades a los soldados para que pudieran comunicarse con sus familias. Se repartían tarjetas postales sin necesidad de franqueo, cuyo espacio era aprovechado hasta el último rincón. Pero, teniendo en cuenta que muchos soldados no estaban habituados a escribir, o que incluso eran analfabetos, existían tarjetas con frases ya impresas que el soldado se limitaba a firmar. Un ejemplo de esta necesidad de comunicación postal se refleja en la siguiente misiva:

No estoy enfermo, lo que es inexplicable teniendo en cuenta las condiciones en que vivimos desde hace meses. No me he duchado desde el pasado agosto y no estaría bien que me vieras en este estado, tan sucio y apestoso, cubierto de piojos. Te echo de menos, Lilie. Me muero por tener noticias tuyas. Hace dos semanas y nada, ni una letra, ni una carta. Aquí el correo es tan importante como la sopa, y más aún para la moral. Así que escíbeme, aunque sea poco, pero hazlo *a menudo* (Mazery 2013: 150).¹

¹ Bénédicte des Mazery: *Vidas rotas*. Madrid, Alianza Editorial, 2013, e.o. 2008. Aunque se trata de una obra de ficción basada en un personaje dedicado a censurar las cartas del frente francés, los extractos utilizados para la redacción de los informes ficticios proceden todos de cartas auténticas, escritas por soldados cuya correspondencia fue requisada o bien citada en forma de extractos anónimos en los informes de las comisiones de control postal, conservadas en el Servicio Histórico del Ejército de Tierra, en Vicennes.

Desde el punto de vista metodológico, los relatos bélicos que aparecen en cartas y diarios son modelos literarios en los que cabe reconocer el placer de hilar historias elaboradas, ajustadas a las convenciones narrativas de la literatura bélica y en ocasiones del todo fantasiosas, a pesar de lo cual, sus autores insisten en la “verdad” de sus relatos. La autoridad de la declaración “yo estuve allí” se afirma de forma constante, incluso cuando las historias se moldean para que resulten atractivas para sus lectores. Es obvio que el lenguaje y la imaginación son cruciales: cuando los combatientes no eran en realidad testigos directos del efecto de sus acciones, o no sabían evaluarlo, las imaginaban.

Destaca además la belleza de la prosa. Jon Cooksey, historiador militar británico, señalaba: “Uno de los detalles más emotivos es la buena letra de los soldados. Tenían una hermosa escritura, fue la primera generación de soldados capaces de leer y escribir bien”.² Y es que solo a través de la mediación tecnológica, de diarios o cartas de los sujetos históricos, de la escritura en sí, la emotividad de la experiencia se transfiere como vivencia y se transforma en historia, en un relato construido con fragmentos de emociones diversas y complejas. Complementariedad que se juegan en la relación entre el fragmento, como objeto de referencia, y nuestra facultad de imaginación, como forma de restituir la totalidad de eso que ha sido mutilado involuntariamente o que voluntariamente se desea olvidar.

Cualquier análisis de los diarios, las cartas y las autobiografías revela hasta qué punto los hombres y las mujeres adoptan y transforman, antes de conocer el combate real, las imágenes que les proporcionan la literatura y el cine.³ Quizá lo destacado de la PGM se expresa de forma más dramática en la literatura que narra los horrores del combate en las trincheras. Lo curioso es que a menudo estas ficciones no se han preocupado por “justificar” la matanza: el motivo era la desilusión de unos individuos que resultaban insignificantes en comparación con el imperativo militar al que la tecnología daba forma, no obstante lo cual acababan por reintroducir el canon romántico y la evocación de las aventuras juveniles. Un buen ejemplo lo tenemos en el teniente coronel H.F.N. Jourdain, quien participó en la PGM como parte de los Connaught Rangers y en cuyas

² Consultado en:

<http://www.elmundo.es/elmundo/2013/08/30/internacional/1377890140.html>

³ Cabe destacar al respecto el análisis de este canon que realiza Paul Fussell (2003, 2006) y cómo el lenguaje elevado, con sus frases gastadas (bautismo de fuego, juventud transfigurada, guerreros galantes) ya emergió como el lenguaje dominante de la PGM.

memorias, publicadas en 1934, contó que todavía era capaz de evocar la emoción que sentía la leer las historias de guerra de sir Walter Scott. Estos relatos lo animaron a unirse al ejército con el fin de “participar en esos momentos tan emocionantes que describían” (Burke 1999: 28).

Siguiendo la máxima de que la primera víctima de la guerra es la verdad, se miente acerca de la matanza, y los testigos principales son las cartas. El teniente Roland H. Owen, en una misiva a sus padres fechada el 13 de octubre de 1914, se excusaba por no tener ninguna “historia interesante” que contarles pues tales historias “no se ven muy a menudo y se conocen todavía menos”. Luego les decía que si querían relatos sangrientos, tendrían que haber consultado a los soldados británicos (Burke, 1999: 41). Las exageraciones eran más comunes en la fuerza aérea debido al hecho de que el estatus individual de cada piloto estaba relacionado con el número de aviones enemigos que había derribado, aunque en realidad ese número fue siempre muy bajo. Parte de la alteración es también la censura:

La censura nos prohíbe hablar tranquilamente, y ¿por qué?: simplemente por miedo a escuchar demasiadas verdades nada buenas para aquellos que tienen interés en que la guerra, que arruina a nuestro país, que destruye los hogares, continúo ¿Es ser patriota querer seguir hasta el final? (Mazery 2013: 190).

Y a pesar de todo ello es importante comprender la historicidad de estas narraciones, cosa que salta a la vista en su lectura. Cuando se trata de interrogar al estatuto de experiencia emocional de los dramas personales, el problema para el científico social es la naturalización de la experiencia emocional –pensar que su universo de experiencias es el mismo del personaje dramático- y para ello se deben encontrar modalidades epistémicas que subrayen la historicidad de las emociones en los fragmentos, quizá concediendo un lugar privilegiado al lenguaje y aceptando entonces lo literario de las figuraciones. En efecto, las historias presuntuosas sobre masacres pertenecían a una tradición narrativa que satisfacía la curiosidad de los civiles, estimulada por los periodistas, y que alimentaba el afán por matar o al menos por contarlo. Narraciones repletas de tópicos que insisten en la victoria en medio de grandes adversidades, la debilidad moral del enemigo, la matanza masiva, el orgullo motivado por el derramamiento de sangre. Podemos encontrar un interesante ejemplo de este hecho en una carta escrita por William Willis y dirigida a la señorita Luttrell. Willis reconocía la necesidad de proporcionar fantasías marciales a su

corresponsal y admitía que intentaba hacer que sus cartas resultaran “interesantes”, pero, sostenía, no se le debía acusar de mentir:

Los alemanes nos atacaron con quince mil hombres en formación compacta, pero nosotros, que éramos apenas unos cuantos centenares, conseguimos repelerlos e infligirles enormes pérdidas. Matamos hasta que nos pusimos enfermos de ver tanta sangre y tantos cadáveres. Personalmente me encargué de tantísimos de ellos que al final perdí la cuenta. (...) Como era imposible hacer prisioneros hubo que matarlos a todos. Uno tuvo la oportunidad de poner en práctica sus conocimientos sobre el uso de la bayoneta. Solo imagina que éramos treinta y dos contra más de trescientos de ellos y, no obstante, les dimos la paliza que les dimos (Burke 1999: 42).

IR A LA GUERRA

Casi 80 millones de personas sufrieron una guerra cuyo alcance se desconocía entre 1914 y 1928, 10 millones de soldados murieron abatidos por las balas, destrozados por las bombas, de hambre o enfermedad,⁴ y otros 20 millones resultaron heridos. ¿Cómo pudo desatarse una furia semejante cuando había pasado casi medio siglo desde el último gran conflicto en Europa? ¿Por qué ir a la guerra?

⁴ Aunque también se dieron otras epidemias (sífilis, tifus, disentería) la más virulenta fue la denominada “gripe española” o, simplemente, “la española”. Su nombre lo tomó de la prensa española, que al no estar sometida a censura fue la primera en informar sobre un foco de la epidemia en el propio país, aunque la enfermedad, de hecho, ya había afectado a varios de los Estados beligerantes. De origen sudafricano, antes de que la epidemia haya remitido habrán muerto un mínimo de 20 millones de personas, es decir, más que a causa de la PGM. Una masacre se suma a la otra. Cálculos alternativos sostienen que los fallecidos fueron 40 millones; de hecho, se habla de hasta 100 millones. Lo que resultaba tan espectacular de esta enfermedad (descontando el hecho de que era anormalmente letal, pues en una gripe corriente mueren un 0,1 por ciento de los que la contraen y en esta murieron un 2,5 por ciento) era que, por motivos aún no esclarecidos, afectaba más gravemente a adultos jóvenes, el grupo de edad que suele salir mejor parado. El proceso era también anormalmente virulento: el que la contraía padecía tremendas cefaleas, fiebre muy alta y una dolorosa tos blanda; en el plazo de tres días la persona en cuestión estaba muerta o recuperada.

Lo primero es señalar que es raro encontrar móviles económicos o políticos y que lo habitual en los testimonios escritos incide en la necesidad de fortalecer el carácter. Nuevo síntoma de la muestra de la singularidad emotiva y azar de la toma de decisiones en el mundo de vida sobre las causalidades de los procesos. La guerra aparece como el momento de plenitud, exaltación y euforia de los individuos insertos en una suposición colectiva del pueblo, de su autoafirmación y cumplimiento ya que el antagonismo es la raíz de toda identidad. La guerra no es pues un mero conflicto de intereses, lo que está en la estructura de la guerra misma es su poder catártico y purificador. La inmensa gratificación moral que la guerra es capaz de ofrecer a la conciencia moral y colectiva, parafraseando a Weber (quien insistió en la utilización de la ética como instrumento para tener razón), sería la construcción de la propia bondad con la maldad ajena (Sánchez Ferlosio 2007). El futuro escritor Ernst Jünger escribía (2013): “veníamos de las escuelas o de las fábricas y tras unas pocas semanas de entretenimiento nos uníamos para formar un gran grupo rebosante de entusiasmo”.

Cuando estalló la guerra, el servicio militar se hizo de repente muy popular. Los hombres acudían a los cuarteles motivados por el romanticismo y un sentimiento embriagador de que su país los necesitaba; muy pocos desertaron en agosto de 1914. En agosto de 1914 el entusiasmo se apoderó de la mayoría de los países beligerantes. La euforia era real. En Berlín, cuando se anunció la movilización, la multitud cantó el himno “Ahora demos gracias a nuestro Dios”. También en Gran Bretaña hubo una ola de patriotismo: se esperaban unos 100.000 voluntarios en los primeros seis meses y unos 500.000 en total, pero estas previsiones se vieron pronto superadas pues solo en el primer mes hubo 500.000 para llegar a casi dos millones en los seis primeros meses.

En cuanto a los soldados rusos, campesinos en su gran mayoría, muchos no saben leer ni escribir por lo que no han dejado diarios o cartas. En su novela *Agosto 1914*, el escritor Aleksandr Solzhenitsyn (2007) describe el optimismo reinante en los primeros días: “el regimiento es como un pueblo, el oficial es como un terrateniente, mientras haya rancho, rezo y vodka las balas no darán miedo”.

En total se movilizaron tres millones de franceses, cinco millones de rusos, cuatro de alemanes y dos de austríacos. No fue lo mismo en el caso de Estados Unidos; el país fue a la guerra en la primavera de 1917 y aunque pretendía llegar a un millón de soldados antes del verano, en seis semanas solo se habían presentado 80.000 voluntarios.

Fue, antes de 1914, un tiempo en que muchos ensalzaban la guerra como promesa y posibilidad, la promesa de realizar lo mejor del hombre y la cultura, la

posibilidad de poner fin a la agitación social y las tendencias a la disolución que han podido observarse por toda la Europa prebélica. Pero las guerras son, de una vez por todas, fenómenos paradójicos y profundamente irónicos que con frecuencia transforman aquello que se quería conservar, fomentan lo que se quería impedir, destruyen lo que se quería proteger. Entre otros, el por aquel entonces jefe del ejército, lord Roberts, sostenía que una guerra sería el único antídoto contra “la masiva podredumbre humana que reina en nuestras capitales industriales”. Y cabe recordar las bellas esperanzas de Thomas Mann en 1914 en cuanto a que la guerra haría “más libre y mejor” a la cultura alemana.

En la recopilación que realiza Englund (2011)⁵ podemos observar varios testimonios de esta índole moral. Un buen ejemplo lo proporciona el diario de Kresten Andresen, un soldado danés enrolado en el ejército del Káiser, quien escribe en Flensburg en septiembre de 1914:

Partir a la guerra, no por el oro ni los bienes, no por el honor ni por la patria, tampoco para perseguir la muerte del enemigo, sino para fortalecer mi carácter, fortalecerlo en cuanto a fuerza y a voluntad, en cuanto a temple, disciplina y costumbres. Por eso quiero ir a la guerra. Pero no pienso aprender voluntariamente esa lección, ya que opino que el objetivo puede alcanzarse por otros medios (Englund 2011: 41).

Un par de meses después, Alfred Pollard, un soldado francés de 21 años, recuerda el domingo 8 de noviembre de 1914 cómo el “gentío los aclamaba y vitoreaba, también él; sin embargo, al ver a los soldados marcando el paso todos a una y balanceando los brazos rítmicamente, las lágrimas le hicieron un nudo en la

⁵ En esta obra se construye “*La Primera Guerra Mundial en 227 fragmentos*”, es decir, una posibilidad de una imposibilidad. No se explican procesos sino que se trata de reconstruir cómo fue la guerra desde un mar de impresiones, vivencias y emociones sincrónicas. Englund, valiéndose de 20 personas y basándose en documentos de distinta índole como cartas, fotos, diarios, etc. que dejaron, intentará reconstruir (como bien dice el autor en la introducción “Al lector”) un universo emocional, más bien que un curso de unos acontecimientos (aunque también lo trata). De la veintena de personajes (más “otro”) que van desde: artilleros, oficiales, ingenieros, infantes (soldados) enfermeras, un cirujano, un piloto, un marinero, un conductor, un funcionario e incluso una colegiala nos mostrará las experiencias personales, pero enfocando el lado cotidiano de la guerra a través de la documentación y la bibliografía.

garganta. No lloraba de orgullo, como muchos de los otros; tampoco se trataba de que la súbita solemnidad del momento le hubiese emocionado, ni de que comprendiera de pronto que su país se había visto obligado a lanzarse a una guerra sin anunciar (a una guerra importante, además, porque, desde luego, aquello no era una de esas reiteradas escaramuzas que se producían en las lejanas colonias, sino una guerra inmensa que amenazaba con poner el mundo patas arriba; de hecho, más que una amenaza se trataba de una promesa, por eso muchos gritaban hurra: la guerra traía consigo la promesa de un gran cambio radical). Sí, para muchos la guerra significaba una espléndida promesa de cambio; a Pollard le atrae por varios motivos. Entre otras cosas está bastante hastiado de su trabajo, incluso ha sopesado la posibilidad de emigrar. En lugar de eso ha llegado la guerra” (Englund 2011: 64-65).

Incluso un cosmopolita como Harry Kessler, un aristócrata alemán que se había educado en Inglaterra y en Francia, un miembro de la clase dirigente imperial que se comprometió con la República, una figura de la alta sociedad y de la política apasionado por el arte moderno y el teatro de vanguardia, acabó sucumbiendo a ese entusiasmo imbecil por la guerra que atravesó Europa en las vísperas inmediatas de la carnicería. En su diario *Berlin in lights* (1999), anotaba con frialdad las represalias atroces del Ejército alemán contra civiles belgas desarmados. El entusiasmo estético que poco antes le despertaban los ballets rusos o la pintura de Matisse ahora lo disfrutaba contemplando los despliegues militares. Su cosmopolitismo palidecía de pronto ante la vehemencia de su fervor patriótico: “Algo grandioso, la vieja Europa, cosmopolita y predominantemente agraria y feudal, el mundo de las bellas mujeres, los reyes galantes y las combinaciones dinásticas; la Europa del siglo XVIII y la santa alianza envejecía y se debilitaba, fenecía, y algo nuevo, joven, vigoroso e incomprensible se insinuaba. Lo sentíamos en nuestros miembros como una helada o una primavera; lo primero con un dolor sordo, lo segundo con intensa alegría”. Y más adelante, “Estas primeras semanas de guerra han revelado algo que estaba en las profundidades desconocidas de nuestro pueblo alemán, algo que solo puedo comparar con una sincera y alegre espiritualidad. La población entera se ha transformado y forjado en una forma nueva. Esta es ya la ganancia impagable de esta guerra; y haberla presenciado será una de las grandes experiencias de nuestras vidas”. El gran esteta ve pueblos incendiados, montañas de cadáveres, personas inocentes ejecutadas en actos de represalia, caballos reventados de los que se derraman vísceras comidas por las moscas; ve a un oficial de artillería dirigir por teléfono el bombardeo de una ciudad y piensa con satisfacción que parece un inversor dando instrucciones a su agente de Bolsa; ve columnas de

refugiados huyendo por los caminos y dispersándose cuando se acerca el motor de un avión que les lanzará bombas o los ametrallará; admira la gallardía de un general mandando desde muy lejos a sus tropas a la matanza y encuentra en él las mismas virtudes alemanas que en un gran director de orquesta. Lee un ensayo “bello y profundo” del filósofo Georg Simmel sobre la “transformación interior de Alemania”, sobre el “hombre nuevo” que nacerá de la guerra, y asegura que ese empeño místico es el mismo que lo inspira a él. Zweig (2002), más cauto, se pregunta en 1914 qué pueden saber todos esos hombres que van a la guerra tras casi medio siglo de paz.

Este fervor patriótico es el correlato ideológico de la disciplina militar. La PGM demuestra que la estrecha correlación entre sinergia anímica y sinergia corporal, a pesar de que esta última se muestra del todo inoperante en el campo de batalla –el pelear en orden bajo ametralladoras y otras innovaciones generó millones de muertos en los primeros compases. Esta sinergia corporal se ha conservado en la instrucción militar en calidad de ejercicio pedagógico con la función de inculcar a través del cuerpo el espíritu de la disciplina y de ahí la fórmula usual del instructor para exigir la sincronía “como un solo hombre”. Y “como un solo hombre” es, en efecto, como exige el patriotismo que responda ante la guerra la nación entera. En efecto, la función sinérgica del patriotismo, no sumativo sino multiplicativo, supone a la vez una determinación no distributiva sino participativa: ninguno es “patriota” por sí mismo, de ahí que el patriotismo sea una pasión enajenada, ubicua, impersonal y por tanto heterónoma.

T.W. Adorno subrayó que el nacionalismo había incrementado en la psique de los hombres el narcisismo colectivo, aumentando así la vanidad nacional. “Los impulsos narcisistas de los individuos, que encuentran cada vez menos satisfacciones en un mundo endurecido, persisten, sin embargo, mientras la civilización les niega tantas cosas, en una identificación con la totalidad como forma de satisfacción sucedánea”. A modo de sucedáneo, el nacionalismo les devuelve como individuos parte de su propio respeto que la colectividad les sustrae y cuya recuperación esperan de ella al identificarse ilusoriamente con la misma. “La guerra es la forma más violenta de conflicto humano, y también es una de las más antiguas instituciones del hombre. Sus raíces se hunden profundamente en la historia de grupos que luchaban entre sí por recursos y poder. En los tiempos modernos, la guerra está estrechamente vinculada con el nacionalismo y la doctrina y práctica de la soberanía” (Young 1969: 52).

La guerra, pues, se había convertido en una leyenda heroica y romántica, con la perspectiva que proveen los libros escolares y los cuadros de los museos, una

aventura salvaje y varonil que supone una experiencia única y maravillosa sin apenas víctimas. En el presuntuosamente denominado “bautismo de fuego” aún se conserva esta imagen. Refiriéndose a la gran batalla naval de Skagerak a finales de mayo de 1916, en la que 274 buques de guerra alemanes y británicos se enfrentaron frente a la costa danesa, y al final 14 buques de la Armada británica y 11 de la Flota alemana son hundidos, el marino Richard Stump escribe en su diario:

Por fin, por fin. Finalmente ha sucedido el colosal acontecimiento que durante 22 meses ha sido objeto de nuestros anhelos, nuestras emociones y nuestros pensamientos. Para esto fue que durante años albergamos esperanzas, trabajamos y nos ejercitamos con tanto fervor. (...) Estoy convencido de que resulta imposible describir los pensamientos y las emociones que cruzan la mente de una persona durante su bautismo de fuego. Si dijera que tuve miedo mentiría. No, era una indescriptible mezcla de gozo, terror, curiosidad, apatía y... ganas de luchar. (Englund 2011: 314-315).

Patriotismo y afán moral tal vez explican por qué hay un cambio en el reclutamiento masivo del hombre corriente para librar una guerra. Hasta 1914, las grandes potencias de la época, y sobre todo Reino Unido, solo contaban con un ejército profesional para defender sus intereses lejos de sus fronteras. A lo sumo echaban mano de milicias locales afines, que solían ser la carne de cañón en las batallas. En la PGM, este desgraciado lugar en la primera línea de fuego fue ocupado por una tropa de obreros, comerciantes, oficinistas, desempleados y estudiantes impresionados por un espíritu patriótico avasallador. La mayoría de ellos no habían empuñado un arma en su vida y en poco tiempo fueron enviados al frente. Hay soldados que se ven reclutados oficialmente, otros entran libremente en el ejército, pero pueden encontrarse con que aquello a lo que se prestaron voluntariamente es una trampa mortal de carácter interminable. En la guerra suelen neutralizarse los principios morales –respeto, simpatía, sentido de la identidad moral- pero aun cuando todavía existan, la trampa de la guerra puede volverlos del todo ineficaces.

La inocencia que muestra este reclutamiento fue mayúscula. El káiser dijo a las tropas alemanas: “Estaréis en casa antes de que caigan las hojas de los árboles”, y en Gran Bretaña muchos pensaron que en Navidad habría acabado todo. La euforia inicial, así como esa inocencia, no sobrevivieron a los dos primeros años

en la guerra de trincheras. No obstante, millones se vieron atrapados en una maquinaria destructiva que al principio se soporta porque será corta y gloriosa o al menos eso es lo que prometen los generales y jefes de Estado. Pronto, la guerra evoluciona hacia un callejón sin salida lleno de miedo. Después de la batalla del Somme, en julio de 1916, la visión que se tenía desde el frente era la de una pesadilla al parecer interminable. Se trataba de una ofensiva conjunta de franceses y británicos, con bombardeos masivos de artillería contra las líneas alemanas y cuya intención era matar o dispersar las tropas enemigas, cortar sus cinturones de fuego defensivos y destruir sus fortificaciones. La tarea de la infantería sería ocupar posiciones en su mayor parte indefensas, de manera que atravesarían una tierra de nadie con una pesada carga de municiones, picos, palas y otros equipamientos. Un general inglés, al ver que los hombres se desplazaban tan cargados hacia las trincheras, les dijo: “Buena suerte, soldados. No ha quedado un solo alemán en sus trincheras” (Middlebrook 1971: 107). Pero el plan fracasó y a pesar del bombardeo, la mayoría de los defensores alemanes sobrevivió en sus profundas trincheras. La infantería británica fue masacrada a medida que avanzaba entre un intenso fuego de ametralladoras hacia densas alambradas defensivas. Como observó un suboficial alemán, “los ingleses venían caminando como si fuesen al teatro o como si estuvieran desfilando. Tuvimos la sensación de que estaban locos” (Middlebrook 1971: 156-157). El día 1 de julio hubo 60.000 bajas inglesas con más de 20.000 muertos, la mayoría en la primera hora del ataque.

EL ADIESTRAMIENTO

Antes de la PGM los militares profesionales que reivindicaban su dominio de un ámbito específico, a saber, la incitación y el control de la violencia legitimada por el Estado, consideraban que estimular la agresividad homicida de los soldados era algo bastante simple y que no requería gran esfuerzo de su parte. Sin embargo, desde 1916, los ejércitos basados en el reclutamiento masivo, sumados a las nuevas tecnologías bélicas, les obligaron a abandonar esta complacencia, puesto que dichas novedades habían creado un campo de batalla que convertía a los combatientes en sujetos pasivos y despojaba a oficiales y soldados por igual de ese “espíritu combativo” que se consideraba esencial para obtener la victoria. Confiar en que la agresividad marcial se encendiera de forma instintiva dejó de ser posible y se hizo preciso contar con regímenes de adiestramiento militar para dar cuenta de los códigos “civiles” de los nuevos reclutas, motivándoles para matar. No se trataba tan solo de explicarles las partes en que se componen las armas,

sino que asimilaran también ciertos rasgos militares esenciales, entre ellos la resistencia, la vigilancia, la lealtad y la disciplina. Se consideraba crucial que los hábitos bélicos quedaran tan profundamente arraigados que fueran capaces de “persistir ante las invitaciones más abrumadoras a la cólera o el pánico” (Burke 1999: 78). A fin de cuentas, la sed de sangre, el furor y el odio eran respuestas contraproducentes que hacían que las manos de los hombres temblaran a la hora de disparar al enemigo. La psicología militar decretó que había que enseñar a los hombres a convertirse en “realistas prácticos”, conscientes tan solo de la necesidad de matar para que no les mataran, si se quería que llegaran emocionalmente intactos al campo de batalla.

El soldado francés Alfred Pollard, herido a las afueras de Zillebeke el 30 de septiembre de 1915, relata cómo ha podido sobrevivir a la batalla gracias a ese adiestramiento:

Era como si mi espíritu se hubiese liberado de mi cuerpo. Mi cuerpo físico se había convertido en una especie de máquina que realizaba su cometido con fría precisión, mientras mi espíritu lo dirigía. Algo fuera de mí mismo parecía indicarme lo que tenía que hacer, y no hubo un instante en el que yo vacilara. Por otro lado, siempre estuve seguro de que sobreviviría. (Englund 2011: 202).

La misma sensación domina al artillero Edward Mousley, en Kut Al-Amara que escribe en diciembre de 1915:

Las experiencias personales de esto que llamamos guerra consisten, en el mejor de los casos, en reavivar los recuerdos de un sueño casi incomprensible y confuso. Algunos sucesos individuales destacan con un poco más de nitidez que otros, con una claridad conferida por la fiebre del peligro de muerte. Después, hasta las situaciones más peligrosas se vuelven cotidianas y los días parecen pasar sin comportar nada de interés, a excepción de la constante proximidad de la muerte. Pero incluso esa idea, por muy notable que pudiera resultar en un principio, acabamos reprimiéndola, ya que es un elemento que de tan omnipresente se vuelve insulso. Tengo la firme convicción de que es posible cansarse de un sentimiento. No se puede ir por ahí con miedo a morir indefinidamente o mantener un interés por la inminencia de la muerte sustentado en los escalofríos. La psique se harta y lo aparta a un lado. Yo he visto caer abatido a un hombre que estaba a mi vera mientras yo, sin

inmutarme, seguía señalizando las instrucciones para dirigir el fuego. ¿Es que soy insensible? No, simplemente ya no me impresiono con tanta facilidad (Englund 2011: 226).

El entrenamiento militar tiene que lograr que se reprima el sentimiento de la muerte y que la gente haga cosas que no haría en la vida civil. El debilitamiento de las restricciones civiles contribuye a erosionar la identidad y los valores civiles. Erich Maria Remarque (1977) describió cómo el entrenamiento del ejército alemán en la PGM requirió “una renuncia a la personalidad que ni siquiera se pide a los sirvientes más insignificantes”, renuncia impuesta por sargentos que enseñaban a sus soldados que “un botón brillante vale más que cuatro volúmenes de Schopenhauer”. Incluso quienes se resisten al cambio encuentran que su personalidad desaparece bajo una costra de dureza. Sus acciones provienen de una identidad diferente, o de la convivencia bipolar de la persona que hay en ellos y la que pelea. También se llega a pensar que su identidad original se ha evaporado.

Mientras repasa sus pertrechos en vistas a su ida al frente francés el soldado Kresten Andresen escribe el jueves, 19 de noviembre de 1914.

Es tal nuestro aturdimiento que partimos a la guerra tan tranquilos, sin lágrimas ni espanto, y eso que todos sabemos que nos envían al puro infierno. Pero ceñido por un rígido uniforme el corazón no late con libertad. Uno deja de ser uno mismo, apenas es un ser humano, a lo sumo un autómatas que funciona convenientemente y que hace lo que le dicen sin recapacitar demasiado. Ay, Dios mío, ¡ojalá pudiéramos volver a ser personas! (Englund 2011: 71-72).

La erosión de la identidad se ve favorecida por el alejamiento psicológico y social de la vida cotidiana, y se consigue entre otras cosas mediante el abuso y la humillación físicos y verbales. Pierde su aspecto cotidiano (el pelo, su ropa, sus gestos, sus relaciones) y todos los detalles de su vida son íntegramente programados por otros. Tiene que cambiar la manera de hablar y reducirse a un vocabulario estandarizado y de conformidad, salpicado de obscenidades. Está obligado asimismo a aceptar los valores de sus instructores y mandos, o al menos a simular que los aceptan.

También es importante constatar que a menudo los soldados son jóvenes que requieren cierto reconocimiento de su madurez. Al periodo de quiebra de la identidad le sigue la iniciación que marca la transición al estado de soldado adulto, máxime si al joven se le hace creer que las hazañas militares en particular, y las gestas patrióticas en general son el compendio de la virilidad, si se le asigna una sensación exagerada de autoestima incluyéndolo en un grupo de elite. Por último, todo ello se refuerza si se le enseña a valorar la agresión y a deshumanizar a quienes no forman parte de su grupo, utilizando cualquier nivel de violencia sin las restricciones morales que lo dominan en otros ámbitos. Tales aspectos explican por qué muchos soldados encontraron la guerra excitante, describiéndola posteriormente como la mayor aventura de sus vidas. No obstante, y a juicio de los mandos dedicados al adiestramiento, durante la PGM existía la creencia generalizada de que solo podían considerarse valientes a un 10% de los soldados y muchos comentaristas militares deploraban el principio del “vive y deja vivir” que permitió a los contendientes de ambos bandos llegar a acuerdos para no disparar siempre que el contrario también se abstuviera de hacerlo. En muchos frentes se impuso una actitud de “vive y deja vivir”, una mentalidad que hacía la vida más fácil. En algunas áreas, por ejemplo, se declaraban treguas oficiosas durante el desayuno o tras fuertes lluvias, en otras se produjo un acuerdo oficioso que permitía a los soldados hacer sus necesidades en la tierra de nadie sin ser disparados. Ningún bando deseaba la alternativa: trincheras repletas de heces y orina. No todo era combatir, como demuestra el hecho de que, de promedio, los soldados británicos pasaban cien días al año en el frente. Como describió un joven oficial, en las trincheras era posible ver “tanto el barro, como las estrellas”. En realidad el “vive y deja vivir” dependía de la percepción aproximada de la potencia relativa de cada unidad militar y por tanto era más firme cuando los dos bandos estaban más o menos igualados. Fue común que los soldados se negaran a salir de las trincheras y hacer más de lo estrictamente necesario, a menos que se los obligara a punta de pistola, o que fingieran estar enfermos.

Los soldados acababan en zonas de combate, con sus armas listas para la acción, pero ello no significaba que poseyeran la “actitud activa” que era fundamental para que mataran de verdad. Se calculó que la proporción de “personal activo en combate” no superaba el 25%. ¿Cuáles eran los factores que inhibían el comportamiento agresivo en la batalla? Aunque la cuestión fue objeto de muy intenso debate, las consideraciones más importantes pueden resumirse en dos apartados: tecnología y personal.

Un argumento muy difundido era que el nuevo armamento había vuelto superfluas las anteriores formas de garantizar que los soldados pelearan en el campo de batalla. Antes de la PGM los analistas militares coincidían que la guerra era un arte y no una ciencia, sin embargo esta situación cambió ya desde 1914. Las tropas no conseguían avanzar hacia el enemigo en formación cerrada: las armas de larga distancia y de saturación separaban a los soldados entre sí, lo que convertía el campo de batalla industrializado en uno de los lugares más solitarios del planeta e inhibían las acciones ofensivas, y esto había aumentado, no disminuido, la importancia de los factores personales.

En efecto, hacia mediados de la PGM los oficiales no eran ya “guerreros socializados” que habían vivido largos periodos de adiestramiento militar en academias y no podía esperarse de ellos que “actuaran con prontitud y buen criterio en situaciones inesperadas” (Burke 1999: 83). El problema era incluso más apremiante cuando se trataba de adiestrar a los hombres en los demás grados, la mayoría de los cuales se mostraban ambivalentes en lo relativo a actuar de forma agresiva. Además, un hecho crucial era que estos nuevos reclutas eran ante todo civiles: su condición de soldados era apenas temporal.

La instrucción trató pues de forzar a los hombres pasivos a actuar de una forma marcial adecuada. A través de la despersonalización, los uniformes, la ausencia de privacidad, las relaciones sociales forzosas, los horarios rígidos, la falta de sueño, la desorientación seguida de ritos de reorganización según códigos militares, las reglas arbitrarias y los castigos estrictos.

También se propició, a partir de las ciencias sociales, cambios cruciales en la terminología marcial: la “cobardía” (así como la necesidad de ejecución o castigo que llevaba aparejada) se convirtió en “neurosis de guerra” y después en “estados de ansiedad”, lo que no dejaba de ser un estigma pero aludía a algo que había que tratar, no castigar. La fórmula frustración-agresión propuesta por lo que sostenían que era posible fomentar el comportamiento agresivo aumentando la frustración de los soldados, se utilizó para legitimar muchos de los aspectos más sádicos del adiestramiento básico. La jerga de los psicólogos también se empleó para justificar decisiones de recursos humanos en relación a los soldados negros, primero se recurrió a la psicología evolutiva y luego a la dinámica de grupos para excluirlos de los puestos de combate, y después cuando hubo escasez de tropas se usó el lenguaje psicoanalítico para integrarlos. La interpretación de los combatientes, ajena a toda sofisticación teórica, prefería interpretar sus acciones en términos de impulsos biológicos a través de una adaptación *ad hoc* de la teoría

evolucionista de los instintos de acuerdo con la cual quienes participaban en la guerra se veían dominados por una fuerza animal vital, irresistible.

Los métodos de instrucción habituales, basados en la promoción del espíritu de cuerpo y el adiestramiento ideológico apenas lograron efectos y fue poco lo que hicieron para erradicar el factor que más contribuía a paralizar a los hombres durante el combate: el “virus” más nocivo de todos, el miedo. El enfoque convencional del miedo era enseñar a los hombres a actuar de manera automática, de forma que en la batalla sus cuerpos pudieran realizar “instintivamente” los movimientos necesarios. Sin embargo, en el combate real las limitaciones de una política semejante resultaban obvias al instante: en realidad había muy pocos procedimientos rutinarios que fueran de utilidad en cualquier crisis pues los objetivos, los recursos y el entorno de cada enfrentamiento eran únicos.

La iniciativa más influyente para erradicar el miedo fue el adiestramiento realista cuyo promotor más conocido durante la PGM fue John Frederick Charles Fuller, quizá el filósofo militar más clarividente (Burke 1999: 101, nota 61). Creía que la mejor forma de inculcar el “espíritu de ataque” era mediante un proceso de adoctrinamiento lento, continuo y casi imperceptible. La psicología humana era crucial (el “miedo a la muerte” afectaba “no al arma, sino al encargado de dispararla”). Aunque el ejército no podía aspirar a cambiar los instintos de la raza, sí podía “bombardear a los hombres con impresiones bélicas hasta conseguir que sus tendencias adquiridas, sus reflejos, se volvieran por completo bélicos”. Además, el ejército mismo actuaba como una masa y en tanto tal se regía por las mismas leyes que gobernaban a las multitudes. Así, el “ejército-multitud” actuaba bajo la influencia y la voz del adiestramiento “pues la uniformidad de entorno crea uniformidad de carácter y de espíritu”, anestesia la visión de la muerte y atenúa la capacidad de sentir.

Al soldado René Arnaud cuando en junio de 1916 abandona la cresta 321 de la primera línea del frente de Verdún, ha perdido la noción de los días de la semana. No sabe cuánto tiempo llevan en lo alto de la amplia loma -más tarde calculará que se trató de diez jornadas completas. Ha pasado tanto tiempo y han sucedido tantas cosas que ha perdido la esperanza de un relevo; mejor dicho, ha perdido la esperanza en general. Está como aturdido por todos los días y noches bajo el fuego y tras haber rechazado dos ataques. Apenas se inmuta ante el peligro, tampoco ante la visión de un caído más; y escribe: “Tal vez esta indiferencia sea el mejor estado en que pueda sentirse una persona que se halla en combate: actuar por hábito y por instinto, sin esperanzas y sin miedo. El

prolongado periodo de sentimientos exacerbados acabó aniquilando la capacidad de sentir” (Englund 2011: 319).

Este distanciamiento forma parte de una dureza defensiva. Se aprecia cuando se trata de asimilar la muerte y la destrucción, todas las pérdidas con frialdad, quizá porque la mente no puede soportar tanto sufrimiento y sobrevivir.

Aunque el adiestramiento realista era lo avanzado e innovador, no reemplazó las formas más tradicionales de animar a los soldados a actuar de manera agresiva en el combate. El método dominante fue la instrucción de bayoneta, a pesar de la conciencia de las tecnologías modernas habían limitado su utilidad. Los oficiales y comandante continuaron insistiendo en que el factor decisivo en todas las batallas era la bayoneta. La caballería podía reconocer el terreno, los aeroplanos podían explorar, la artillería hostigar, las ametralladoras ofrecían fuego de cobertura y defendían posiciones, pero era la bayoneta la que podía ganar posiciones. En consecuencia, en los campos de adiestramiento se probaba la habilidad de los hombres con la bayoneta. El manual de adiestramiento del ejército británico de 1916 informaba a los instructores que a los reclutas que estaban realizando las pruebas de asalto final, había que llevarlos al campo ya exhaustos para poder probar su precisión con la bayoneta, y se construían los sacos para su práctica con sumo cuidado para simular las dificultades que se podían encontrar en la batalla al penetrar los cuerpos. Incluso en la marina se enseñaba a los hombres a usar la bayoneta, como si las batallas navales recrearan los antiguos usos de la piratería. En suma, se decía que las bayonetas desarrollaban la “sed de sangre” e incluso comentaristas astutos como Fuller aceptaban que era necesario entrenar a los hombres en su uso con el argumento de que era el arma que permitía a los soldados de infantería matar.

LA GUERRA: MATAR O MORIR

La PGM fue, sin duda, una guerra de máquinas, líneas de ensamblaje, contables, ingenieros, científicos y administradores. Como átomos en un proceso químico, el soldado era relevante pero no individualmente significativo. La muerte se medía en cientos o miles, no en la destrucción de individuos. En esa guerra sin rostro, existieron numerosos actos de valor pero pocos héroes reconocibles. “La caballería ha desaparecido para siempre”, escribió Ernst Jünger (2007), “como todos los sentimientos personales, ha cedido su lugar al dominio de la máquina”.

Con la mejora de la artillería, los bombardeos pasaron a ser más pesados y duraderos. Tras un bombardeo no era inusual encontrarse pedazos de cuerpos que colgaban de los árboles o soldados que morían como consecuencia de ser alcanzados por un miembro arrancado de un compañero. Los que no morían o eran heridos tenían que soportar el inmenso trauma del bombardeo. “Para nosotros, pobres soldados inocentes, la vida es muy poca cosa. Vivimos el día a día. En un instante bien, y quizá en los siguientes minutos... ¡muertos! Nuestra existencia está atada con un hilo, y la esperanza de que no se rompa es tan débil... que mejor no hablar. [...] Jo, tu hombrecito PLV [Por La Vida]” (Mazery, 2013: 72-73).

La tecnología moldeó la guerra y la guerra moldeó la tecnología. El inaudito empate inspiró el desarrollo de nuevas armas aumentado el alcance de los cañones. Conforme mejoró la puntería de la artillería, se pudieron sincronizar las barreras artilleras con los avances de la infantería a través de la denominada *no man's land* o “tierra de nadie”, término que hundía sus raíces en la Edad Media británica y se aplicaba para el terreno disputado entre dos jurisdicciones. La munición antipersona más aterradora es la conocida como *shrapnell*, proyectiles cargados con bolas de plomo y pólvora que explotan antes de caer al suelo. Así las describe el escritor Maurice Jenevar: “Estoy atrapado en una lluvia de *shrapnell*. Las bolas de plomo destrozan el terreno, atraviesan los escudos de metal y destrozan los cráneos de los soldados. Vivo rodeado de hombres que quedarán desfigurados de por vida”. Los franceses les llaman caras rotas.⁶

El lanzallamas fue utilizado en primer lugar por los alemanes. Al principio, los *Flammenwerfers* eran primitivos, usaban gasolina y eran poco fiables. Las botellas estallaban con frecuencia y causaban que el portador ardiese con su propia arma. Los lanzallamas eran tan odiados que cualquier soldado enemigo que fuese atrapado con uno de ellos era susceptible de ser fusilado en el acto. La mayoría de unidades de lanzallamas estaban formadas, irónicamente, por hombres que habían sido bomberos en la vida civil.

El arma más impactante fue el gas. Biólogos, físicos y químicos de las mejores universidades europeas se lanzaron con ilusión a la búsqueda de armas químicas que rompieran el empate. Los alemanes tomaron la delantera utilizando gas a principios de 1915, aunque el éxito fue relativo ya que se dependía de la dirección del viento. Los Aliados denunciaron el gas como una violación de las

⁶ Los médicos se enfrentaron asimismo a las heridas más terribles que jamás habían visto, e impotentes asistieron a los ataques de pánico, temblores y parálisis que ya no podían adscribirse a la cobardía.

leyes de guerra, pero pronto introdujeron sus propios programas de producción. El principio fundamental del gas era que, al ser este más pesado que el aire, se asentaría en las zonas más bajas del terreno forzando a los enemigos a abandonar las trincheras. Una vez que lo hicieran, serían aniquilados por la artillería. Con el tiempo, el gas fue lanzado en proyectiles y se desarrollaron tipos más dañinos como el gas fosgeno y el gas mostaza. Los efectos de este último eran terribles, pues las víctimas fallecían tras una terrible agonía. En palabras del mayor Falaise, médico militar, al describir los gases indica: “los hombres se ponen morados, luchan por respirar entre lágrimas y se quejan de quemaduras en el pecho y es estómago (...) Lo hemos visto todo: heridas terribles y avalanchas mortales de metal. Pero todo esto no es nada si lo comparamos con la niebla que oscureció el sol durante horas que se hicieron siglos”.

Dos días antes de regresar, alerta de gas. Mi antigua compañía tuvo en dos minutos 53 muertos. En la misma noche, por lo menos 400 en el regimiento. ¡Qué bonito! (Mazery, 2013: 190).

Cuando se perfeccionaron las máscaras de gas, anularon el poder de esta arma. Los alemanes serían los que más recurrirían al gas (68.000 toneladas) seguidos de franceses (36.000) y británicos (25.000). Aunque cientos de miles se verían afectados por el uso del gas, los fallecidos supondrían tan sólo el 3 % de las víctimas totales.

La guerra además fue enorme, no sólo por las tropas involucradas, sino también por la complejidad de abastecer a grandes ejércitos. De hecho costó cincuenta veces más de lo que se había previsto en 1914. En un frente de tan sólo 1.800 metros, la 42 brigada de Lancashire utilizaba cinco mil sacos terreros de cemento, 20.000 de piedras y 10.000 de arena para construir una sola trinchera de reserva. El material pesaba 900 toneladas y tenía que ser transportado al frente por un terreno difícil y en el último tramo, sin transporte motorizado. Conforme se fueron sofisticando las defensas, se hizo precisa maquinaria más pesada para lograr el objetivo de romper el frente enemigo. Así, en 1914, una división británica necesitaba 27 vagones para sobrevivir una sola semana. Hacia 1916, esa misma división requería 20 vagones de alimentos y forraje y 27 vagones de material de combate. Una vez que los suministros eran descargados, era preciso además llevarlos al frente cargados por soldados. Otro ejemplo: en la batalla de Verdún, una sola división de infantería alemana de 16.000 hombres y 7.000 caballos contaba con 17 piezas de artillería. Esos cañones requerían 36

trenes de munición. Cada tren transportaba 2.000 obuses pesados y 26.880 piezas de artillería ligera. La necesidad de vastas cantidades de armamento supuso que los planes estratégicos estuvieran condicionados por el transporte. La disponibilidad de trenes que tanto condicionó el inicio de la guerra también moldeó el carácter de la misma.

Nace pues un nuevo tipo de guerra, la guerra industrial, de la destrucción y la aniquilación. El objetivo es matar a tanto como sea posible y tan rápido como se pueda gracias a las cadenas de montaje que producen cantidades ingentes de inventos cada vez más mortíferos. “Las guerras modernas implican la completa movilización del poder humano y de los recursos económicos e industriales, y un empleo característico de los medios de defensa, tanto psicológicos como militares. (...) En nuestros días la guerra debe ser estudiada dentro del marco de la sociedad de masas, la tecnología y el intenso nacionalismo” (Young 1969: 54).

Pero más allá de la tecnología, los testimonios sobre la experiencia de la guerra prefieren insistir en la satisfacción que produce la creación de vínculos viriles, las penalidades del frente y el terror indescriptible de la muerte, con lo que se genera la sensación de que los combatientes que se encontraban en zona de guerra estaban allí para que *los* mataran y no tanto para matar. Sin embargo, a través de los diarios quizá sea preciso devolver el acto de matar a la historia militar, destacando que hubo con frecuencia una celebración de la violencia por diferentes medios. En 1918 el manual de la 42ª División East Lancashire exhortaba a los oficiales a ser “sanguinarios y no dejar nunca de pensar en el mejor modo de matar al enemigo o ayudar a sus hombres a hacerlo” (Burke 1999: 10).

Los hombres se ven de pronto ante una tragedia que nadie preveía ni deseaba y que una vez sobrevenida se les impone con los rasgos propios de cualquier fatalidad, pero que ellos sienten diferente de las fatalidades que llegan desde fuera. Es una fatalidad que han visto originarse en sus propias voluntades que han tenido o creído tener entre sus manos, pero que las armas al arrebatárles el dominio de los hechos, se han arrogado el poder de decidir por ellos. “Fatalidad sintética” lo llama Rafael Sánchez Ferlosio (2007) por cuanto el carácter fatal aparece a posteriori, como producto de artificio.

Y es que el acto característico de los hombres en la guerra no es morir sino matar. Para los políticos y muchos historiadores tiene que ver con la conquista del territorio, la ideología o la nación, pero para el soldado en servicio una confrontación bélica implica ante todo la matanza lícita de otras personas. Su importancia deriva del hecho de que tal acción no es homicidio, “sino un

derramamiento de sangre sancionado, que las autoridades civiles de más alto nivel legitiman y la enorme mayoría de la población aprueba” (Burke 1999: 9).

Por otra parte, matar fue con frecuencia un acto íntimo a pesar de la mecanización, también pese a que gran parte de los testimonios eran relatos bélicos un tanto fantasiosos que se contaban más por su función de catarsis o consolación que como una exposición objetiva. A pesar de la insignificancia estadística de los enfrentamientos cara a cara, tales testimonios poseían una importancia personal inmensa y los combatientes exageraban cualquiera de los raros momentos de combate cuerpo a cuerpo. “¿Cuántos enemigos has matado?” era una pregunta muy habitual, y aunque algunos replicaran que bastante habían tenido con garantizar su supervivencia, otros se deleitaban tejiendo relatos que, incluso cuando describían incidentes reales, no podían evitar transformar el enfrentamiento mortal en un testimonio de heroísmo.

Por lo común los combatientes eran capaces de construir un relato alrededor de actos de violencia excepcionales mediante los cuales conseguían que sus acciones resultaran placenteras. El miedo, la angustia y el dolor eran emociones que todos conocían de sobra en el campo de batalla, pero la excitación, la alegría y la satisfacción resultaban igualmente importantes y eran los que los soldados obtenían al imaginar que habían conseguido anotarse una muerte limpia y buena.

Son dos los procesos que permiten perpetrar acciones violentas en la guerra moderna: la “conciencia anestesiada” y el “estado de agencia” (Burke 1999: 13 y ss.). Por lo común, los combatientes eran capaces de mantenerse distanciados emocionalmente de sus víctimas sobre todo a través del uso de la tecnología. Es innegable que la mecanización del campo de batalla que tuvo lugar en el siglo XX transformó la guerra: de forma acelerada la guerra tecnológica hizo que el número de hombres que tenían que participar en la matanza de manera directa fuera cada vez menor. Durante la PGM, por cada soldado involucrado de manera directa en el combate había ocho soldados adicionales en funciones de apoyo. La proporción de tropas de apoyo en la retaguardia por combatiente ascendió a doce en la Segunda Guerra Mundial y en Vietnam, de los 2,8 millones de hombres que prestaron servicio allí menos de 300.000 tuvieron que entrar en combate. La tecnología fue un factor decisivo en la mecanización del proceso de matar. Durante la PGM se necesitaban (por término medio) 1.400 proyectiles para matar a un soldado y durante la batalla del Somme un artillero británico habría necesitado disparar 30 proyectiles para alcanzar a un alemán.⁷ Los adversarios

⁷ Proyectiles que fabricarán mujeres, que trabajan en condiciones por lo común

además rara vez se veían las caras. Debido en gran parte al carácter indirecto y distante de las “armas de ataque de área” como la metralla, las bombas y el gas tuvo como consecuencia que aunque era posible ver con regularidad a la gente muriendo, resultaba inusual ver a la gente matando. Durante las dos guerras mundiales, los proyectiles, obuses y bombas aéreas fueron responsables de la muerte de más de dos tercios de todas las bajas y (en contra de lo que se cree) menos de un 0,5% de las heridas fueron infligidas con bayoneta.

Por tanto, aunque la tecnología se usó para facilitar la destrucción de vidas humanas en cantidades masivas, sirvió de poco para reducir la conciencia de que la muerte de seres humanos era el producto final de la guerra. Sorprende además encontrar hasta qué punto los combatientes han insistido en las relaciones emocionales y la responsabilidad a pesar del efecto distanciador de la tecnología bélica. Así, uno de los rasgos más inquietantes de las cartas y diarios privados de los combatientes reside en qué medida muestran que no estaban insensibilizados o anestesiados.

Al recoger sus cosas en la retirada de la cima Undici (el 23 de mayo de 1916) al teniente italiano Paolo Monelli le llegan las preguntas de los soldados. ¿Por qué retroceden? ¿Por qué no se quedan y luchan? Monelli tiene dificultades en hallar una respuesta:

Pero ¿qué saben ellos, qué se yo de lo que sucede? Nada. Peleamos, marchamos, hacemos un alto, meros números entre la masa que avanza en tropel, que hace maniobras por este frente montañoso envuelto en los hielos de los enormes Alpes Dolomitas. Y en el corazón un sordo resentimiento, una dolorosa sensación de no saber, de no ver (Englund 2011: 304).

Simultáneamente, en algún lejano castillo con mullidas alfombras en el suelo, están los que Monelli denomina “misteriosos dioses que tejen los hilos de nuestro destino”. Es decir, “un oficial que redacta, un oficinista que copia, un edecán que sale de la habitación, un coronel que maldice”.

La guerra es esto. No es el riesgo a morir, ni los fuegos artificiales de la granada roja que te ciega al caer silbando sino el presentimiento de ser una marioneta en manos de un titiritero desconocido, y hay veces en que ese

deplorables, en horarios de hasta once horas diarias, domingos y festivos incluidos

presentimiento te hiela el corazón como si la muerte misma tirase de los hilos. (...) Estar atrapado en la trinchera hasta que llega la orden de relevo, tan repentina como una andanada o una ventisca, atado al omnipresente peligro, a un destino marcado por el número de tu pelotón o el nombre de tu trinchera, sin poder quitarte la camisa cuando quieres, sin poder escribir a tu casa cuando quieres, viendo cómo leyes sobre las que no tienes ninguna influencia rigen hasta las más modestas de tus necesidades vitales: eso es la guerra (Englund 2011: 305).

LA TUMBA DE BARRO

La PGM evoca trincheras embarradas, un empate sangriento y una estrategia de desgaste. Las trincheras del frente occidental se tragaron los mitos de la guerra gloriosa que había inspirado a los jóvenes soldados en 1914 y ambos bandos desarrollaron una enorme capacidad para no llegar a nada. Para un soldado, cavar una trinchera es un procedimiento estándar de defensa, pero permanecer en una trinchera durante años fue una característica del conflicto que requirió considerable adaptación, tanto física como mental.

Con perspectiva histórica es fácil preguntarse por qué a los comandantes de la guerra no se les ocurrieron más ataques sorprendentes para romper el empate. Esa flexibilidad no sólo era imposible debido al problema de transportar grandes cantidades de municiones de un lado a otro, sino que el desplazamiento destruía de forma automática el elemento sorpresa. Montar un ataque masivo suponía construir carreteras, líneas férreas, campos, hospitales y depósitos de municiones. Era preciso encontrar fuentes de agua y purificarla. Había que acumular grandes cantidades de víveres y construir cocinas de campaña. Había que reunir millones de piezas de artillería de varios tipos cerca del campo de batalla y transportarlos posteriormente a las diferentes baterías. Una vez que finalizaba el proceso, se eliminaba cualquier posibilidad de sorprender al enemigo, pero la sorpresa sin esos preparativos resultaba imposible.

Mientras que durante los anteriores cincuenta años el armamento había experimentado grandes cambios y era cada vez más mortífero, los medios de transporte no habían evolucionado en absoluto. Esta es una de las causas principales por las que la guerra tan a menudo se atasca, se detiene y se estanca. Una vez que los trenes han llegado a la estación de destino, los ejércitos avanzan del mismo modo que en tiempos de Julio César o de Napoleón, es decir, a base de la potencia muscular contenida en las piernas humanas y los lomos de los caballos. En cambio, la organización, cada vez más compleja, exige cada vez más

equipamiento, y las armas que cada vez disparan más rápido consumen cada vez más municiones.⁸

Al principio, las trincheras eran tan sólo enfangados cortes en el terreno. El sistema de trincheras fue haciéndose más sofisticado conforme progresaba la guerra. Al final era auténticos laberintos que requerían de guías para que las unidades no se perdieran. Se construyeron trincheras comunicantes en la retaguardia y se dispusieron miles de kilómetros de alambradas para proteger todo el sistema. En general, las trincheras eran construidas en zigzag para evitar que un impacto directo sembrase metralla en toda su longitud y para crear zonas de fuego entrelazadas mediante las cuales se pudiera cubrir cualquier punto dado del terreno. Se erigieron además baluartes para otorgar protección extra. También contaban con barracas para dormir, aunque en general estas estaban reservadas para los oficiales, y los soldados debían conformarse con cualquier esquina.

En las trincheras los hombres viven como ratas, entre ratas; han de enterrarse vivos para seguir estando vivos. En efectos, los hombres compartían las trincheras con las ratas, los piojos y los restos de los camaradas muertos; los vivos estaban enterrados en las trincheras y los muertos yacían en la superficie. Un soldado francés señaló: “El pan que comíamos y el agua estancada que bebíamos, todo tenía un olor a podrido”. Las ratas, símbolo de la miseria del frente, eran especialmente odiadas. Le seguían los piojos que convertían la vida en un infierno, pues se sabía que provocaban el tifus y en 1918 se descubrió que también provocaban la fiebre de las trincheras. Permanecer en el barro frío y húmedo favorecía el llamado pie de trinchera y la congelación. Además, en las trincheras todos los días son iguales. Sin embargo, como afirmó un soldado alemán, la vida en las trincheras era “más agradable que una larga marcha; uno se acostumbra a esa existencia, siempre y cuando los cuerpos de los hombres y de los caballos no huelan demasiado mal”. En realidad, la guerra de trincheras causó menos bajas que la guerra de movimientos. Así, las ofensivas sobre Verdún de

⁸ Un cuerpo de ejército alemán, que en 1871 solo necesitaba 457 carros para desplazarse, en 1914 necesita 1.168; es decir, hay un aumento de cerca del 255 por ciento. Todos estos carros nuevos necesitan caballos de tiro, y éstos requieren forraje, el cual tiene que ser transportado hasta ellos. Un caballo come en peso aproximadamente diez veces más que una persona, lo cual precisa más carros, más caballos, etcétera. Un cálculo de la época pone de manifiesto que había un caballo para cada tres soldados. Alrededor de ocho millones de caballos murieron en esta guerra, lo que significa que, porcentualmente hablando, los caballos sufrieron más bajas que las personas.

1916 fueron muy costosas y los franceses perdieron más hombres en la guerra en campo abierto de 1914 y 1918.

Teniendo en cuenta todo el sistema de apoyo, comunicaciones y trincheras en primera línea, los franceses ocupaban 10.000 kilómetros de trincheras en el momento álgido de la guerra, los alemanes, 19.000. Para mantener el sistema en buenas condiciones, cada semana se transportaban 7.112 toneladas de alambre de púas desde Alemania. El empate generó las trincheras y las trincheras reforzaron el empate. Conforme mejoró la construcción, se convirtieron en casi inexpugnables. Debido a que los alemanes ocupaban territorio enemigo, no estaban obligados a avanzar para lograr la supremacía y enseguida supieron que una inversión en material podía superar la escasez de hombres. Cuando las tropas británicas avanzaron en el Somme, se encontraron con fortificaciones de 9 metros de profundidad con un espectacular uso del hormigón. Los suelos estaban a menudo enmaderados y descubrieron lujos inesperados para unas trincheras: luz eléctrica, cocinas, muebles y hasta paredes empapeladas.

Dado que los aliados estaban decididos a echar a los alemanes de Francia, no tenían ningún interés en construir trincheras demasiado “confortables”. Los Aliados eran también mucho más reticentes a ceder terreno para lograr líneas más fácilmente defendibles. En 1917, por ejemplo, los alemanes retrocedieron estratégicamente a la denominada “Línea Hindenburg”, cuidadosamente planificada para acortar el frente y liberar a 10 divisiones para utilizarlas en otros sectores. En claro contraste, los aliados defendían cada metro de terreno; rendir un pedazo de Francia era un golpe a la moral, actitud que supuso un enorme sacrificio de vidas para defender en ocasiones áreas sin ningún valor estratégico.

La lucha en las trincheras resulta particularmente estremecedora en todo el cúmulo de horrores que supuso aquella contienda entre las grandes potencias occidentales. Aunque en un principio la guerra se preveía muy breve por parte de todos los contendientes, enseguida se estancó en largos frentes que apenas variaron a lo largo de toda la lucha. Así, durante años se mantuvo una guerra de posiciones, en la que las trincheras se convirtieron en el sepelio de miles de hombres. Allí se manifestó por vez primera todo el horror y la capacidad destructiva que se había alcanzado tras la segunda revolución industrial. Donde antaño una carga de caballería cambiaba el rumbo de una batalla, ahora era la resistencia épica y desquiciada de los soldados frente a los gases, las ametralladoras, el hambre y la locura. El resultado fue un espectáculo dantesco. Una ciudad de los muertos, con sus habitantes paralizados en las posiciones más

extrañas como si un brutal huracán hubiese barrido la zona. Raymond Naegelen ha contemplado esta escena:

A lo largo de todo el frente de la colina de Souain yacen, desde septiembre de 1915, los soldados barridos por las ametralladoras, extendidos cara a tierra y alineados como si estuviesen en plena maniobra. La lluvia cae sobre ellos inexorable, y las balas siguen rompiendo sus huesos blanqueados. Una noche, Jackes, que iba de patrulla, ha visto huir ratas saliendo por debajo de sus capotes desteñidos, enormes ratas engordadas con carne humana. Latiéndole el corazón, se arrastraba hacia un muerto cuyo casco había rodado; el hombre mostraba su cabeza vacía de carne en una mueca siniestra, desnudo el cráneo, devorados los ojos. La dentadura postiza se había deslizado sobre la camisa podrida y de la boca abierta salió una bestia inmundada (Ferro 2002: 170).

Algunos soldados yacían sobre sus espaldas, otros se encontraban boca abajo. Estaban todos entrelazados y resultaba imposible saber de quién eran las piernas o los brazos. Muchos estaban sentados en posiciones que les hacían parecer vivos, apoyados en el parapeto o sobre la pared trasera de la trinchera. Lo más terrible era ver a aquellos que no habían caído, sino que permanecían erguidos agarrando sus fusiles, con los ojos abiertos y con la mirada tranquila de la muerte, como si estuvieran escuchando a los cuervos que revoloteaban por encima. El cabo segunda Taunty describe a sus camaradas de trincheras “El poilu (peludo) es un animal a mitad de camino entre un hombre y un chimpancé nacido en el siglo XX. El poilu es el monstruo de una civilización que retrocede. Su único rasgo humano es su capacidad de sufrimiento”.

El ayudante-jefe Daguinet, del Regimiento de Infantería 321, ha descrito su llegada a las trincheras: “Al recorrer el pasadizo de Haumont, los obuses alemanes nos enfilaron y el pasadizo se llenó de cadáveres por todos los sitios. Los moribundos, entre el barro, con los estertores de la agonía, nos piden de beber o nos suplican que los rematemos. La nieve sigue cayendo y la artillería está causando pérdidas a cada instante. Cuando llegamos al mojón B no me quedan más que 17 hombres de los 39 que tenía al salir” (Ferro 2002: 169).

La muerte siempre está presente:

Para nosotros, pobres soldados inocentes, la vida es muy poca cosa. Vivimos el día a día. En un instante bien, y quizá en los siguientes minutos... ¡muertos! Nuestra existencia está atada con un hilo, y la esperanza de que no se rompa es tan débil... que mejor no hablar. [...] Jo, tu hombrecito PLV [Por La Vida] (Mazery 2013: 72-73).

Y aunque la guerra fue espantosa, no era un horror constante. En el frente occidental, las grandes ofensivas se llevaron a cabo en sectores relativamente pequeños del frente. En el este, los soldados pasaban la mayor parte del tiempo maniobrando para la batalla o buscando al enemigo. Las batallas fueron relativamente cortas. En Salónica, 200.000 soldados se pasaron la gran parte del conflicto esperando que sus comandantes decidieran qué hacer. En muchos frentes, el aburrimiento era tan enorme que algunos hombres esperaban un ataque para romper la monotonía.

Por ello podemos encontrar que siempre se trata de hacer habitable este espacio del horror. He aquí la decoración de una trinchera en la región de Champaña: “Un olor infecto se nos agarra a la garganta al llegar a nuestra nueva trinchera, a la derecha de los Éparges. Lluve a torrentes y nos encontramos con que hay lonas de tiendas de campaña clavadas en los muros de la trinchera. Al alba del día siguiente constatamos con estupor que nuestras trincheras están hechas sobre un montón de cadáveres y que las lonas que han colocado nuestros predecesores están para ocultar a la vista los cuerpos y restos humanos que allí hay” (Ferro 2002: 170).

El 11 de diciembre de 1914 a la compañía de Kresten Andresen, les han gritado la noticia de que abandonaban sus hogares los últimos franceses. Apenas habían salido de sus casas aquellos civiles cuando los militares alemanes entraron a saco.

La regla es que se coge lo que se quiere de los edificios abandonados y desiertos. Tanto los campamentos de la retaguardia como los refugios de las trincheras están, por tanto, abigarradamente decorados con el botín de los hogares franceses, hay allí desde estufas de leña y camas mullidas hasta utensilios domésticos y bonitos tresillos. (Los búnkeres suelen estar decorados con irónicas consignas. Una muy popular: “Los alemanes solo tememos a Dios y a nuestra propia artillería”.) Cuando quedó claro que los últimos hogares estaban a punto de ser abandonados, se procedió según el orden de rigor: primero se permitió a los oficiales coger lo que quisieran, después a la tropa (Englund, 2011: 111)

El problema no es, por paradójico que parezca, la trinchera, sino el exterior, el *no man's land* donde se producen los ataques suicidas. Un soldado británico describió las tensas horas antes de un ataque desde una trinchera:

Las horas se deslizan lentas, pero inexorables. Nadie puede tragar nada porque tenemos un nudo en la garganta. Siempre la idea angustiosa de si dentro de unas horas estaré aún en este mundo o no seré ya más que un cadáver horrible despedazado por los obuses. Sin embargo, se aproxima la hora H. No quedan más que treinta minutos, veinte, diez, las agujas del reloj avanzan constantemente sin que nada pueda pararlas; no separo de ellas los ojos y cuento... Con el bolsillo abarrotado de cartuchos y el fusil de un muerto en la mano, me levanto lentamente sobre las rodillas. Las 17.58..., las 18, abro la boca para gritar: "¡Adelante!", cuando me ciega un fognazo rojo que me tira al suelo. Tengo atravesada la rodilla derecha, una herida en el vientre y otra en la mejilla. A mi lado, otros caen, heridos, muertos... (Lozano 2011: 149-150).

Y ésta es la espera en la trinchera de un soldado francés: "Nos ha llegado la orden de la brigada: "tenéis que resistir cueste lo que cueste, no retroceder bajo ningún pretexto y dejaros matar hasta el último antes que ceder una pulgada de terreno". De este modo –dicen los hombres– la cosa está clara. Es la segunda noche que vamos a pasar sin dormir. En cuanto oscurece, el frío cae sobre nosotros y nuestros pies son como bloques de hielo..." (Ferro 2002: 170).

Normalmente, los batallones de infantería que defendían las trincheras rotaban entre el frente y la retaguardia en períodos de dos semanas. Pasaban cinco días en la línea de frente, cinco en las trincheras de apoyo y cinco en las de reserva, pero incluso cuando se encontraban alejados de la primera línea, se ordenaba a los soldados que se dirigiesen a ella para transportar suministros y para trabajar excavando, en especial durante la noche. La comida caliente llegaba en contenedores, aunque en momentos de calma se cocinaba en primera línea. Las comunicaciones entre el frente y la retaguardia se realizaban por cable telefónico, que a mediados del conflicto se encontraba enterrado para protegerlo de la artillería. Esta rotación era imprescindible para mantener, si no la moral, al menos la salud mental de la tropa.

Diciembre de 1917. Querido Auguste: Aquí estamos en mitad del campo. La diferencia es que la tierra está removida por los obuses en vez de por el arado, y en las trincheras nos llega el agua a media pierna. Los boches tienen aún más que nosotros. Llevan todo el día sacando el agua con cubos y, si levantan la cabeza un poco más de la cuenta, les mandamos una pastilla para la tos, igual que ellos hacen con nosotros. La lluvia de los últimos días transforma el suelo en un fango líquido, nuestra impedimenta está llena de humedad y este invierno también vamos a ser unos desgraciados. Además tenemos la moral baja y no cunde precisamente la alegría. Con tristeza nos preparamos para pasar otro invierno en las trincheras. Nos dijeron tantas veces que el anterior iba ser el último... Bueno, me callo o voy a deprimirme de verdad (Mazery, 2013: 52-54).

A veces la desesperación llega a niveles casi cómicos. Un soldado de Montreal, George U. Franqueur, escribe: “Intento evitar la ternera en lata, lo único que me importa es entrar en calor. Estamos empapados y todo está siempre húmedo. Nos hemos quedado sin tabaco. He empezado a fumarle mi libro de oraciones”.

Una moral que se sostiene gracias al alcohol. El agua escasea en las trincheras. El soldado Podge escribe: “Morimos de sed, pero he bebido más ron aquí en un día que en toda mi vida junta”. El ron da valor a los hombres antes de la batalla, para soportar los horrores del día a día cuentan además con un arsenal de vino.

René Arnaud, destinado al Somme en febrero de 1915, describe también, entre la alucinación y la realidad, el espacio emblemático de la guerra de posiciones:

Cuando me detenía frente al parapeto de la trinchera y oteaba la tierra de nadie ocurría que me imaginaba que las estacas de nuestra fina red de alambrada eran las siluetas de una patrulla alemana que estaba allí en cuclillas, lista para lanzarse hacia adelante. Yo miraba fijamente esas estacas, las veía moverse, oía el sonido de las guerreras rozando el suelo y el tintineo de las vainas de las bayonetas... y entonces me volvía hacia el soldado que estaba de guardia, y su serenidad me tranquilizaba. Mientras él no viera ni oyera nada, allí no habría nada, solo mis propias y angustiosas alucinaciones. [...] Mi concentración en lo que había que hacer me liberó del miedo (Englund 2011: 111).

Muchos soldados murieron enterrados, y así nos lo cuenta Gustavo Heder, del 28 Regimiento de Infantería: Desentierro a un poilu de la 270, más fácil de sacar. Hay todavía varios enterrados que gritan; los alemanes deben oírles porque nos abrasan desde cubierto con sus ametralladoras. No es posible trabajar de pie y por un momento casi tengo ganas de marcharme, pero la verdad es que no puedo dejar así a los camaradas... Intento desprender al viejo Mazé, que sigue gritando; pero cuánta más tierra quito, más se hunde; lo desentierro por fin hasta el pecho y puede respirar un poco mejor... (Ferro 2002: 171).

En Verdún, toda una sección del campo de batalla reunía a sus heridos en un túnel fuera de uso, el túnel de Tavannes. El lugarteniente de Bencech, que fue llevado allí, anotó sus impresiones:

Llegamos al túnel. ¿Estaremos realmente condenados a vivir aquí? Prefiero la lucha al aire libre, el abrazo de la muerte en terreno descubierto. Fuera se tiene el riesgo de una bala, pero aquí el peligro de la locura. Una pila de sacos de tierra se levanta hasta la bóveda y cierra nuestro refugio. Fuera sigue la tormenta de la noche y el martilleo continuo de los obuses de todos los calibres. Por encima de nosotros, bajo la bóveda que retumba, algunas bombillas sucias arrojan una claridad dudosa y enjambres de moscas danzan a su alrededor en zarabanda. Acuden al asalto de nuestra epidermis con su zumbido irritante y los manotazos no logran apartarlas. Las caras de todos están húmedas y el aire es tibio y nauseabundo. Acostado en la arena cenagosa, sobre el carril, mirando a la bóveda o faz contra tierra, hechos un ovillo, estos hombres embrutecidos esperan, duermen, roncan, sueñan y ni siquiera se mueven cuando un camarada les aplasta un pie. En algunos sitios corre un chorro. ¿Es sangre u orina? Se nos agarra a la garganta y nos revuelve el estómago un olor fuerte, animal, en el que surgen relentes de pólvora, de éter, de azufre y de cloro, un olor de deyecciones y de cadáveres, de sudor y de suciedad humana. Es imposible tomar alimento. Solamente el agua de café de la cantimplora tibia y espumosa calma un poco la fiebre que nos anima... Me llega un cabo muy joven, solo, con las dos manos arrancadas de raíz por los puños, que mira sus dos muñones rojos y horribles con los ojos desorbitados (Ferro 2002: 171).

En palabras de Roger M. du Gard (2003), superviviente de la batalla de Verdún y ganador del Nobel de Literatura, “Somos hombres en un agujero, nada nos sacará de aquí. Pero hemos comido, debemos aliviarnos. El primero en sentir la necesidad sale, lleva fuera dos días, a tres metros de nosotros, muerto con los

pantalones bajados. Hacemos nuestras necesidades sobre papel, que lanzamos fuera, cuando nos quedamos sin papel lo hacemos en nuestros morrales. La batalla de Verdún continúa. Usamos las manos, la disentería recorre los dedos, nuestras heces tienen sangre. Hacemos de vientre donde dormimos. Somos devorados por las llamas de la sed, nos bebemos nuestra propia orina. Si nos quedamos en el campo de batalla es porque no nos dejan huir”.

LOS SOLDADOS Y LA CAMARADERÍA

El soldado no es un individuo aislado: realiza sus acciones en nombre de su nación, a instancias de un estamento militar jerarquizado y en el contexto de un pelotón de hombres con los que tenía una relación muy íntima –en cuanto pasaba cierto tiempo- y todos los cuales eran interdependientes. Eso permitía que cayeran en un “estado de agencia”, esto es, pasaban a ser agentes encargados de ejecutar las órdenes de otra persona, en este caso, sus superiores y actuaban de formas que de otro modo les resultarían inaceptables. Es frecuente comprobar que la mayoría de los combatientes se aferraron a la idea de que lo único que hacían era “obedecer órdenes”, algo que por otra parte estaba cargado de dificultades. A fin de cuentas, ¿cuál era en cada momento la “autoridad apropiada”? Además, a menudo estaban deseando aceptar su propia condición de actores y dispuestos a juzgar y ser juzgados por sus acciones.

“La materia prima en que fue modelado la clase de tropa del ejército moderno y con que fue producida la clase obrera de la sociedad industrial fueron los pobres siguiendo cuatro circunstancias comunes” (Sánchez Ferlosio 2007: 140-141):

1. Separación y desarraigo de su condición natural con la rotura de los vínculos locales y la pérdida del amparo comunal.
2. Individualización o desocialización y consiguiente gregarismo en beneficio de la fungibilidad, representada y propiciada en el ejército por la imposición del uso de uniformes y de una paga unificada.
3. La sistemática constricción de la sinergia.
4. La irresponsabilización de las personas frente a la moral común suplantada por la moral interna, restringida, del deber profesional, tal como exigen las relaciones contractuales.

Los soldados de la PGM son a menudo representados como víctimas, carne de cañón enviada al frente por oficiales fríos, y abatidos sin piedad por armas mecánicas. La imagen es en gran parte certera, pero las conclusiones se han

exagerado. Debido a que la guerra en Europa proporcionó pocos héroes, por el mero hecho de sobrevivir, el soldado corriente fue elevado a la categoría de héroe. Los británicos se inventaron la figura de “Tommy Atkins”, el soldado de la clase trabajadora, decente, honesto y estoico. Era posible encontrar paralelismos en otras culturas.

El soldado de la PGM luchó con gran valentía, pero no faltaron ocasiones en las que mintió, engañó, violó y se amotinó. Antes de la guerra, existía un fuerte prejuicio hacia los soldados y no faltaban motivos ya que, en la historia, los soldados habían sido sinónimo de brutalidad. En 1914 el soldado corriente provenía de una vida sin muchas oportunidades en la que la muerte súbita era común. Los reclutas, que provenían en gran parte de las clases menos favorecidas, se encontraban en una institución que reforzaba las jerarquías sociales. Conocían su lugar y no eran proclives a protestar... hasta que comprobaron lo inútil e insostenible de la guerra:

Hoy he cobrado dos francos de paga para mi permiso; te puedo decir que no son más que una banda de ladrones. El gobierno nos da dos francos al día. Pero por 14 días no quieren pagarnos más que 12, nos retienen 4 francos por los dos días de viaje; al marcharnos nos dan un litro de vino y media hogaza de pan y una maldita lata de paté... Ya me dirás si eso vale 4 francos. Solamente quiere, querida Loulou, desposeernos de todo. Es vergonzoso ver esto (Mazery 2013: 221).

El amor por los compañeros de armas se consideraba por lo común el incentivo más fuerte para la agresión homicida contra un enemigo al que se identificaba como una amenaza para esa relación. Bien se lo etiquete como “compañerismo de armas”, “hermandad de sangre” o “relación homoerótica”, el poder del amor y la amistad para inducir a los hombres a matar ha sido objeto de muchos comentarios. Aunque con frecuencia de forma exagerada, los combatientes señalaron que eran capaces de matar debido al amor/gratitud que sentían por sus compañeros de armas. La importancia de la camaradería era fundamental, “esa amistad” hacía “soportables los horrores de la guerra”, escribió Richard C. Foot, un artillero de la PGM, o como escribió Jack W. Mudd a su esposa en 1917 “aquí, querida, todos somos colegas, lo que al uno le falta el otro lo tiene... No creerías la humanidad que se ve entre los hombres de aquí” (Burke 1999: 144). El estamento militar se propuso deliberadamente fomentar ciertas maneras de afecto. A los soldados se les enseñaba a tratar sus fusiles con la misma delicadeza

que utilizarían para cuidar de su único hijo, la “Song From the Trenches” (1914) proclama estrofas como las siguientes: “Ya no tienes una muchacha, ama tu carabina/ y ella te salvará la vida en la trinchera sangrienta” (Burke 1999: 145-146).

Un soldado alemán, Herbert Sulzbach, y su batería siguen acantonados en el Somme en 1917. En su diario observa:

¡Qué maravillosa camaradería impera entre nosotros desde el primer momento! Cada uno ayuda a alguien, cada uno intenta complacer a alguien, cada uno le da a alguien algo de comer. Sí, son tantísimos los pequeños detalles y actitudes, que no se pueden poner por escrito, pero todos culminan en una hermosa palabra: camaradería (Englund 2011: 450).

Del amor por los camaradas con frecuencia se hablaba en términos homoeróticos. “Jack”, un soldado que prestaba servicio en Palestina, escribió en una carta a la señorita D. Williams fechada el 23 de noviembre de 1917: “Creo que debo terminar porque mi *esposa* se ha metido en la cama (si se puede llamarla así: una manta sobre la tierra, no está mal, ¿no?) y quiere que la mantenga caliente, pero es solo una esposa palestina, otro chico de Sussex. Además ambos somos tíos así que no hay nada... bueno, ahora sí que tengo que terminar de verdad porque mi pareja sigue diciéndome palabras bonitas que no entiendo. Supongo que tiene frío”. El uso recurrente de metáforas sexuales en las historias de guerra también ha llamado la atención de los autores sobre la relación entre la “sed de sangre” y el “deseo del cuerpo”.

Cuando en marzo de 1915 Herbert Sulzbach echa cuentas en Ripont, calcula que ya han pasado diez semanas de casi ininterrumpidos combates. Pronto tendrán un nombre: la batalla de Invierno de la Champaña y el frente apenas se ha desplazado. La lista de heridos y muertos ha seguido creciendo. Sulzbach, sin embargo, escribe que, aunque se conduelen por cada camarada caído, algo ha pasado con sus sentimientos, o mejor dicho, con la intensidad de los mismos. Ya no se indignan del mismo modo, ya no les afecta tanto ver cómo es retirado, una vez más, un cuerpo cubierto de fango. Su sensibilidad empieza a embotarse. Ya nadie llora. Tal vez sea inevitable, se está abriendo una fractura entre sus expectativas y sus experiencias. En su diario Sulzbach escribe:

Solo puedes tomar breves notas, no hay tiempo para largas reflexiones y nunca puedes darles a los que se han quedado en casa, en caso de que leyeran estos diarios bélicos más adelante, una descripción realista de lo que estamos viviendo, ni de lo que tenemos que aguantar, ni de cuánta es la determinación y el espíritu de lucha que embarga a cada uno de nosotros (Englund 2011: 115-116).

Esta insensibilidad es aprendida a lo largo de la experiencia bélica, ni siquiera puede ser asimilada en la instrucción. Ahora los individuos no son como individuos más que otros entre sí y están permanentemente expuestos a la infamia de la fungibilidad y la sustituibilidad; no en vano las sucesivas generaciones de soldados que van al matadero toman el nombre de “reemplazos”. Así lo constató Napoleón ante el gran número de soldados franceses que yacían muertos en el campo de batalla de Eylau –que no dejó, sin embargo, de apuntarse por victoria a su nombre el de Francia, cuando dijo: “Todo esto lo remedia una noche de París” (Sánchez Ferlosio, 2007: 20)

LA JERARQUÍA

La imagen que ha perdurado de la PGM es la de “leones” (los soldados) dirigidos por “burros” (los oficiales). Era preciso culpar a alguien del empate de la guerra de trincheras, y los generales británicos y franceses eran los candidatos más evidentes. Es indudable que frente al horror de las trincheras, hubo comportamientos de los mandos que no ayudaron a su imagen: las dos horas diarias del almuerzo de Foch, las diez horas de sueño de Hindenburg, las prácticas diarias de equitación de Haig entre senderos preparados con arena por si se caía, o el abundante champán y caviar en las comidas de los oficiales rusos.

Entre los beligerantes se establecen castas. Los aristócratas habitan en los castillos cercanos al frente, mientras los campesinos, los súbditos y sirvientes, se hacían en las trincheras. De acuerdo con un mito persistente, la experiencia de las trincheras erradicó el antagonismo social al obligar a los oficiales de las clases privilegiadas a compartir el peligro y el malestar de los pobres y, en teoría, esto motivó la camaradería y el respeto mutuo. Sin embargo, resulta absurdo afirmar que las clases medias ignoraban a los trabajadores antes de la guerra. La naturaleza misma del capitalismo hacía que estos grupos interactuasen de forma constante, aunque con patrones definidos. Resulta aventurado concluir que esos patrones se rompieron en el ejército, donde la jerarquía era todavía más acusada.

Ahora hablan de darnos más salario, vino tinto, quieren taparnos la boca con billetes de cien. Ya no saben cómo apañárselas para que tengamos paciencia. Pueden hacer lo que quieran, pero no me levantarán la moral. Es la paz lo que nos falta, tenemos más sufrimiento y muy vivo. Esto no es vida, es la cárcel, o peor que eso (Mazery 2013: 254).

Las distinciones de clase eran esenciales para el funcionamiento del ejército. La vida militar era tan sólo una forma más de la relación patrón-trabajador, algo particularmente visible durante la guerra en la que la brutal vida de trincheras tenía mucho en común con la deshumanización monótona de las fábricas. La mayoría de soldados no habría reconocido la desilusión que experimentaron aquellos con cierta sensibilidad literaria que se habían embarcado en la guerra con ilusión. Una de las explicaciones para el mantenimiento de la moral británica en el frente occidental fue que los hombres ya estaban acostumbrados a la subordinación y al tedio de la sociedad industrial.

Para muchos oficiales de clase media, los soldados pertenecían a otra estirpe; eran tan sólo medio humanos. Según los oficiales prusianos, la habilidad de dirigir no era algo que se aprendiera, sino que se trataba de una herencia genética. Las clases sociales determinaron que se establecieran cantinas, barracas y hasta burdeles separados. En las trincheras, los oficiales comían separados de sus hombres y recibían mejor comida con libre acceso a bebidas alcohólicas, *cheroots* y cigarrillos.⁹ Cuando un soldado se venía abajo por el trauma de guerra, el tratamiento era también diferente. El teniente coronel Frank Maxwell escribió: “El sistema nervioso de las clases bajas es inferior al nuestro, los sonidos y las imágenes les afectan mucho más”. Los oficiales que presentaban los mismos síntomas eran tratados de forma especial, en cómodos hospitales, mientras que a los soldados se les tachaba a menudo de cobardes.

Las relaciones del orden militar son, debido a las pautas de dominación y sumisión, de carácter bidireccional. Por un lado, la obediencia y la lealtad de los seguidores hacia el líder y su sentido del deber; por otro, la comunidad o la identificación más o menos igualitaria de los mismos soldados entre sí. Para Freud (1953) los soldados consideran a su superior, esto es al líder señalado del

⁹ Cabe mencionar que la alternativa al cigarro que domina en nuestros días, el cigarrillo, se popularizó de forma generalizada justamente durante la PGM. Tanto el cigarro como el cigarrillo —y la forma intermedia que es el *cheroot*— gozaban de evidentes ventajas frente a la pipa, ya que permitían a su consumidor tener las manos libres. Y además, permitían soportar el hedor de las trincheras.

grupo militar, como su ideal, a la vez que se identifican con sus iguales, y de esta comunidad derivan las obligaciones de ayuda mutua y de propiedad en común implícitas en la camaradería.

También tienen una especial importancia las reservas psíquicas de los soldados y oficiales. En el ejército de Estados Unidos durante la PGM la proporción de rechazos por considerarlos ineptos fue mucho más baja que la correspondiente a la Segunda Guerra Mundial. En el momento de la incorporación solo fue rechazado el 2% de los hombres por razones psiquiátricas y durante el primer periodo de entrenamiento fue separado otro 3%, lo que en total constituye el 5%. En cambio para el periodo de 1942-1945 el 12% de los hombres examinados para cumplir el servicio militar fueron rechazados con fundamentos neuropsiquiátricos. Y durante el periodo de 1942-1946 fueron dados de alta 680.000 hombres con dificultades relativas a la personalidad, psiquiátricas y en suma por incapacidad para adaptarse a la vida militar (Young 1969: 84-85).

La vida del ejército, para la mayoría de los civiles reclutados, era una sucesión de privaciones y frustraciones y no es raro entender que la responsabilidad por ello se haya personalizado y cargados sobre quienes tenían autoridad. La mayor parte de los soldados norteamericanos no se resentía ante la necesaria barrera de estatus levantada entre ellos y sus oficiales. Lo que les perturbaba era el hecho de que los oficiales monopolizasen las oportunidades y servicios recreativos. “Si la oferta de mujeres atractivas, bebida y entretenimientos está severamente limitada (...) el problema de la distribución equitativa se hace mucho más agudo que en el caso de que hubiera mucho que distribuir. (...) El soldado norteamericano, con sus antecedentes civiles democráticos no se resentía tanto ante el hecho de que los superiores pudiesen *permitirse* determinados privilegios como ante el hecho de que se le negase su propio *derecho* a gozar de ellos” (Stouffer 1949: 374).

Papá. Aquí para que te evacúen hace falta reventar me gustaría que el gobierno estuviera en el frente durante dos horas y vería lo que es esto me da igual si la carta pasa la censura no es más que la verdad perdóname pero no quiero que nos hablen del campo del honor porque yo lo llamo la carnicería porque esta guerra no es más que un juego de masacre para nosotros en el que se nos lleva como vacas o corderos al matadero. Tu hijo desesperado por volver con vida. (Mazery 2013: 74).

Y esta distinción clasista llevada a la desesperación comienza acaba por generar un sentimiento de injusticia:

Vamos a pasar el día de Año Nuevo [1918] en primera línea, con lo maravilloso que sería pasar este bonito día contigo. Pero hay que estar aquí, vigilando que los boches no se nos echen encima, con la cabeza al viento, los pies helados y quizá nada en el estómago. Y cuántos desgraciados hay de éstos mientras la gente en París está sentada ante una buena mesa. Ésos lo único que piden es que la guerra continúe, porque es así como amasan sus fortunas. ¿Y cuándo nos vengaremos? Sí, yo ya estoy harto y no soy el único. Termino, porque cuanto más hablo, más aumenta mi ira (Mazery, 2013: 189).

La mayoría de los oficiales se esforzaba para que se mantuvieran las barreras que los separaban de los hombres, en particular en lo relativo a la apariencia. Muchos se resistían a la utilización de cascos pues, les hacían parecer soldados y proyectaban una imagen poco romántica. Más arriba en el escalafón, los comandantes cultivaban cierto misterio y pompa, pues si los hombres eran medio humanos, ellos se consideraban semidioses. Los símbolos visuales reforzaban la autoridad y cuanto más distantes parecían, más respetados eran. Tanto Haig como Ludendorff explotaron su estatus como héroes populistas en las ocasiones en que los políticos se interpusieron en su camino.

No obstante, estas distracciones no sirven de nada, menos aún cuando existe la obligación de una convivencia forzada entre las diversas clases como ocurre en un buque de guerra. El marinero alemán Richard Stumpf, que había enrolado con un claro entusiasmo, describe en noviembre de 1915 que el clima a bordo es pésimo. Stumpf y el resto de la tropa están hartos de no hacer nada, hartos de la comida cada vez más mala, hartos de la férrea disciplina, hartos de las sistemáticas vejaciones de los oficiales. En el barco hay un comando disciplinar, y cada día se ven de 20 a 30 marineros corriendo alrededor del buque con su fusil y el equipo de combate al completo. Las faltas que hay que cometer para ser sometido a un castigo son ínfimas: un lavabo sucio, un calcetín tirado, la utilización de los aseos estando de servicio, un comentario desagradable.

La moral de combate de la tripulación ha caído tan bajo que a todos nos encantaría que nos metieran un torpedo en el vientre. Eso es lo que todos les deseamos a nuestros despreciables oficiales. Si a alguien se le hubiese

escapado un deseo de este tipo hace año y medio habría recibido una soberana paliza. Un espíritu maligno habita entre nosotros, y solo nuestra buena educación nos impide emular lo sucedido en aquella flota del Báltico. Todos comprendemos que tenemos más cosas que perder que nuestras cadenas (Englund, 2011: 213).

Incluso los suboficiales ya consideran la inutilidad de las órdenes tras varios años de guerra. René Arnaud, que capitanea un ataque en Masloy en junio de 1918, describe cómo la compañía se lanza hacia delante, todos se ponen a cubierto, esperan, siguen avanzando, vuelven a tirarse al suelo. A la tercera acometida ve dos hombres en el extremo izquierdo que no se levantan, sino que siguen en el sitio. Eso quiere decir que les están disparando. “¡Cuerpo a tierra, a tierra!” Todos se detienen. Arnaud otea al frente. No hay ni rastro del enemigo. Bueno, sí: más lejos, bajo un árbol, distingue la forma cúbica de un carro de combate alemán. Sin embargo, no hace ningún amago de moverse. Arnaud decide que ya es suficiente:

Es probable que un oficial inexperto recién llegado al frente, con la cabeza inflada de las teorías del reglamento, supusiera que su deber era continuar avanzando y de ese modo conseguir que matasen a la mayor parte de sus hombres para nada. Pero en 1918 teníamos ya suficiente experiencia de las realidades del campo de batalla como para detenernos a tiempo. Los americanos, que acababan de salir a la línea de combate de las inmediaciones, en Château-Thierry, por razones obvias, carecían de esa experiencia, y todos sabemos cuán enorme fue la cantidad de bajas que sufrieron durante los pocos meses que estuvieron en servicio activo (Englund 2011: 590).

Muchos sintieron un fuerte resentimiento contra los oficiales y los planes trazados por éstos. La lucha en Passchendaele se prolongó desde julio hasta comienzos de noviembre de 1917. Se conquistó un terreno mínimo al precio de 300.000 soldados británicos y 200.000 alemanes muertos o heridos. Tras los primeros días de batalla el general Gough fue a inspeccionar lo que quedaba de quienes habían participado en el primer combate. Montado en su caballo dijo: “Bien hecho, habéis dado lo mejor de vosotros. Lamento vuestras pérdidas. Estoy seguro de que todos deseáis vengar esas muertes, de modo que os compensaré con un largo permiso para que regreséis y venguéis a vuestros camaradas muertos”. Un soldado gritó colérico: “¡Es usted un carnicero sanguinario!”.

Gough se marchó sin hacer caso, pero luego se le conoció como “Gough el Carnicero”.

EL ENEMIGO

El acto de matar producía muchas emociones fuertes, entre ellas el odio. Muchos historiadores, psicólogos y comentaristas militares compartían la idea de que el odio era crucial para estimular el deseo de matar y permitir a los soldados actuar en consonancia. Otros más bien sostenían que las sensaciones placenteras que acompañaban al odio constituían un potente incentivo para declarar y mantenerse en la guerra, otros por su parte afirmaban que siempre acecha un mínimo de odio irreductible que era necesario liberar, y qué mejor salida que un conflicto armado. Los teóricos del instituto, en particular los seguidores de William McDougall, sostuvieron que el odio era una importante válvula de escape de los sentimientos de miedo, asco y degradación que surgían durante el combate (Burke 1999: 154, nota 56).

Las valoraciones cuantitativas y cualitativas indicaban que la expresión del odio estaba vinculada a dos factores: la proximidad física y psicológica del adversario y la experiencia de combate. La proximidad física del enemigo era crucial, prueba de ello era que las formas de matar más anónimas y a distancia, como la artillería, resultaban menos propicias para fomentar el odio debido a que la gestión de la muerte era demasiado impersonal. Y aunque la mayoría de los soldados de infantería reconocían que no era tanto el odio como “el instinto de conservación” o la camaradería lo que les impulsaba a matar, por lo general estaban de acuerdo en que su nivel de odio era mayor que el de quienes combatían “con máquinas”. Sentían poca simpatía por el enemigo, pero pese a ello tampoco lo odiaban.

Con excepciones ocasionales, la mayoría de los soldados mataba al enemigo con la sensación de estar realizando un trabajo ligeramente desagradable pero necesario. Se consideraban a sí mismos artesanos, profesionales o sencillamente hombres corrientes que cumplían con su deber. Era mucho más deseable matar por emociones positivas que negativas. Mientras el odio podía reducir “la eficacia en el combate”, el afecto podía aumentarla. Las innovaciones tecnológicas fueron minando progresivamente el valor de la pasión: una cabeza fría y un ojo firme resultaban más importantes en el campo de batalla que una enemistad insidiosa. La sed de sangre, la rabia y el odio tendían a hacer que la mano temblara en el momento de disparar al enemigo. Además, no solo era difícil o en ocasiones imposible mantener algún sentimiento de odio o rabia hacia el enemigo durante

mucho tiempo, sino que las tropas demasiado agresivas tendían a rebasar sus objetivos y sufrir un gran número de bajas al convertirse en poco más que una turba armada. El desarrollo del odio siempre se debía producir a costa del autocontrol, puesto que los conflictos psicológicos vinculados con el odio podían ser perjudiciales. A los hombres que padecían una hostilidad crónica y vivían anhelando la ocasión de matar a su odiado enemigo les resultaba difícil adaptar sus personalidades agresivas a las necesidades del trabajo en equipo y la coordinación. De hecho, el odio hacia el enemigo y la gratificación sádica que producía matar conducían a una escalada de estas emociones que en última instancia lastraban el buen desempeño de los hombres en el combate. Más aún, el odio reducía el sentido de rectitud de la causa: las personas solo odiaban aquello a lo que temían y por ello el odio se convertía en emocionalmente peligroso puesto que constituía un indicio de incertidumbre. Por último, el odio reducía la idea civilizada de la caballería en el combate; matar de forma heroica significaba evitar sentimientos terribles como el odio y reconocer la humanidad del enemigo. En suma, la ausencia de odio permitía a los soldados “matar a seres humanos sin convertirse en asesinos” o, en palabras de Robert William Mackenna, lo que distinguía al asesinato del acto bélico de matar era la ausencia de “odio personal” (Burke 1999: 169).

En mayo de 1916 René Arnaud y sus hombres en la cresta 321 del frente de Verdún son objeto de un ataque de la infantería alemana. El fuego artillero aligera. Surgen figuras uniformadas de gris en el paisaje lunar que tienen delante. Al final, rechazan el asalto con la ayuda de granadas de mano.

El restallar de los disparos y el olor a ajo del humo de la pólvora enseguida me provocaron una especie de embriaguez: “¡Disparad a esos cerdos! ¡Disparad!”. De repente vislumbré a un tipo con un gran corpachón que se movía ante mí, hacia la derecha; apunté, me sobrevino la intuitiva sensación del tirador que sigue a su objetivo, apreté el gatillo y mientras la culata me golpeaba el hombro el corpachón se perdió de vista. Más tarde estuve considerando si la bala certera fue la mía o la de otro cualquiera, o si sencillamente el hombre se tiró al suelo debido a la intensidad del fuego cruzado. Sea como fuere, es el único alemán en tres años y medio de guerra que creo haber “abatido” (Englund 2013: 318).

El hecho de que los civiles fueran más propensos a expresar un odio virulento hacia el enemigo llevó a muchos comentaristas a concluir que leer o escribir

sobre el acto de matar tenía más probabilidades de estimular sentimientos de odio que la participación real en la guerra. El 4 de mayo de 1915, J.H. Early envió una carta a sus familiares en respuesta a un recorte de prensa que éstos le habían enviado, en la que los reprendía señalándoles que “aquí no hay ningún ‘alemán brutal’”. Luego reconocía: “Probablemente tendríamos que sentirnos más furiosos, y el que no lo hagamos quizá se deba a que nuestro entorno inmediato eclipsa sucesos que son realmente ultrajantes, así como a cierto malestar invisible por los pobres desgraciados que deben de estar viviendo la misma vida ridícula que estamos viviendo nosotros, detrás de un montón de sacos de arena. La guerra es una pérdida de tiempo asquerosa, y aquí tus vecinos piensan que eres un asno si defiendes con fervor alguna otra posición al respecto” (Burke 1999: 161).

Antes hemos insistido en el adiestramiento realista que pasaba por la automatización de los comportamientos. El odio en cambio se tenía por menos significativo a la hora de crear “combatientes eficaces”. Además, se consideraba que el odio también era transitorio, y a diferencia de lo que ocurría en la vida civil, en el combate real éste resultaba a menudo superado por los sentimientos de empatía.

El énfasis en los familiares podía ir más lejos, sobre todo cuando se propone “amar aquello que se mata”. A través de las metáforas de la caza se ilustra la fusión entre amor y odio. Los religiosos aprobaban a menudo tales alegorías y exhortaban a los hombres a amar a su enemigo al tiempo que se disponían a matarlo. Aunque el término “amor” acaso sea desproporcionado, muchos combatientes se descubrieron con sorpresa sintiendo un afecto intenso hacia sus adversarios. El teniente coronel James Young admitió que la guerra era “extraña” al escribir en su diario, el 13 de julio de 1915: “Por un lado, tienes todos los signos del odio excesivo y la pasión desenfrenada que evidencian la locura innata que todavía acecha en el alma humana. Por otro, tienes todos los signos de la devoción desinteresada y de la bondad de espíritu, incluso hacia el hombre que acabas de derribar llevado por el odio, que demuestran que, en algún lugar, existe una reserva de gracia salvadora que rescata al hombre de la degradación absoluta” (Burke 1999: 148). El cabo segundo Taunty escribe: “Leemos las cartas de los prisioneros. Son iguales que las nuestras: miseria, tristeza, la monstruosa estupidez de todo esto. (...) Esos pobres hombres, los hunos, son como nosotros. Son como nosotros y todos nosotros soportamos los mismos horrores”. Lo mismo aparece en esta carta interceptada por el servicio de censura del ejército francés.

Querido papá. Aquí los boches no son malos. Desde nuestra llegada a la zona, ni siquiera se han dignado a saludarnos con un solo obús. Como nosotros, están hartos. De lo que hacen no debería hablarte, desde luego, porque la censura vigila siempre, pero esta mañana los boches nos han enviado un par de globos con La Gazette des Ardennes, redacción francesa pero hecho en Alemania, para anunciar su victoria en Italia. (Mazery 2013: 58-59).

O en palabras de un fusilero; en “el calor real de la batalla”, los hombres mataban “sin remordimientos y de forma indiscriminada”, pero después la “animosidad” se olvidaba y a los prisioneros “se los trataba como si fueran de los nuestros” (Burke, 1999: 149). Los hombres podían luchar unos contra otros con pasión, pero luego podían ofrecer a esos mismos enemigos cigarrillos cuando estaban heridos u honrarlos con ceremonias fúnebres cuando fallecían. El afecto entre combatientes situados en bandos opuestos también es reconocible en un nivel simbólico. Los soldados se referían al matar a un adversario con la bayoneta como “llegar a casa” y a menudo aseguraban haber visto parejas de cadáveres abrazados, cada uno con la bayoneta clavada en el cuerpo del otro. El tiempo va generando esa empatía.

En febrero de 1917 el soldado francés Alfred Pollard encuentra una trinchera llena de muertos en las afueras de Grandcourt, y cuando poco después siguen avanzando en dirección al río recuerda la primera vez que vio una trinchera llena de muertos. Fue durante su primer asalto, un día caluroso de junio de 1915 en Hooge. Por aquel entonces, escribe:

...yo no era más que un niño que contemplaba la vida con esperanzado optimismo y veía la guerra como una aventura interesante. Cuando ese día descubrí los cuerpos de los hunos muertos por el fuego de nuestras granadas me invadió la compasión por esos hombres cuyas vidas habían sido segadas en el momento de su máximo vigor. En cambio, ahora yo era un hombre y sabía que pasarían años antes de que terminara la guerra. Y miraba una trinchera llena de cuerpos sin sentir nada en absoluto. Ni lástima ni temor a que yo también pudiera estar muerto pronto; ni siquiera rabia contra los hombres que los habían matado. Realmente no sentía nada. Yo tan solo era una máquina que intentaba cumplir con su deber lo mejor posible (Englund, 2011: 413).

En el frente los soldados eran muy conscientes de la discrepancia entre la imagen demonizada del enemigo que se les había inculcado en el adiestramiento y el adversario real que encontraban en el campo de batalla. La experiencia de combate, encontrarse con el enemigo cara a cara, enseñaba a los soldados a desconfiar de lo que se les decía. Hiram Sturdy nos ha dejado una descripción de la primera vez que vio a uno de los temidos soldados alemanes. Aunque había peleado en la batalla del Somme, solo después de la confrontación pudo ver a un alemán cuando se acercó a mirar a los prisioneros:

Es imposible hacerse una idea adecuada de una persona cuando se la ve muerta, descubierta después de haber estado meses en la tierra húmeda. Hasta el momento, ésa había sido nuestra única visión de nuestro enemigo. Pero ahora estábamos a punto de ver a los hombres que cortaban los pechos a las mujeres belgas y clavaban sus bayonetas en las que estaban embarazadas. Los alemanes, los brutos. El grupo llega, y entonces experimento una de las mayores decepciones de la guerra. (...) Nuestros prisioneros eran hombres jóvenes, vendados y hechos polvo, que... cojeaban y saltaban, todo un hatajo de nervios, después de, me imagino, haberse visto sometidos a semejante bombardeo infernal. El comentario más salvaje que oí mientras mirábamos a los prisioneros vino de un soldado de infantería. Lo que dijo fue: 'Pobres bujarrones' (Burke 1999: 166).

Muchos veían la inutilidad de la guerra y la aparente imposibilidad de pararla. En su novela autobiográfica Siegfried Sasoon describió la sensación de resignación impotente en la batalla del Somme:

Estaba yo recostado contra un puente de madera, con la mirada puesta en el lóbrego verde oscuro de aquel pequeño río cubierto de vegetación, pero mi pensamiento se debatía impotente contra tan inmensa desgracia. Yo no podía cambiar la historia de Europa, ni ordenar a la artillería que dejara de hacer fuego... un subteniente no podía intentar nada, salvo satisfacer a sus superiores; en resumen, concluí que Armagedón era demasiado para mi comprensión solitaria (Sasoon 1930: 82-83).

Los soldados sentían a menudo una especie de vínculo de mártires con el enemigo y las miserias compartidas inspiraban un sentimiento común de

humanidad. La Nochebuena de 1914, en varios sectores de Francia del norte y Bélgica, las voces de hombres que no se veían comenzaron a cantar villancicos en diferentes idiomas. Desde un bando se podían escuchar los ritmos suaves del *Stille Nacht* ('Noche de Paz'), desde el otro llegaban los acordes de *O come all ye faithful* o *Minuit crétiens*. La mañana de Navidad, alemanes y británicos y, en menor medida, belgas y franceses, treparon con precaución las paredes de las trincheras desde las que habían partido los villancicos y se estrecharon las manos en la llamada "tierra de nadie". Uno de los alemanes dijo: "No queremos mataros y vosotros no queréis matarnos. Entonces, ¿por qué disparar?". Conforme avanzaba el día, grupos de hombres jugaban al fútbol, tomaban fotografías e intentaban superar la barrera del lenguaje mientras organizaban entierros para los camaradas muertos. Un soldado británico señaló que nunca olvidaría la imagen de los soldados enemigos estrechando la mano de los soldados indios. El 30 de diciembre el teniente J.D. Wyatt escribió: "¡Todavía sin guerra! Más o menos a la hora del almuerzo llegó un mensaje que decía que los alemanes habían hecho saber que su general llegaría por la tarde y que era mejor que nos quedáramos donde estábamos, pues tal vez tuvieran que hacer unos cuantos disparos ¡¡¡para hacer ver que todo iba bien!!! ¡¡Eso es la guerra!! Eso hicimos y a las tres y media de la tarde se oyeron unos cuantos disparos". Una posible explicación para este extraño suceso es que el papa había propuesto a principios de año una tregua de Navidad y muchos de los soldados alemanes que la siguieron procedían de Baviera, la región más católica de Alemania. Poco después, los soldados regresaron a sus trincheras y la matanza continuó. Los comandantes impartieron órdenes de que aquel acto de confraternización no debía volver a producirse.

A veces, sin ningún contacto formal, se desarrolla una política de "vivir y dejar vivir". La contención mutua del fuego salvó vidas en ambos bandos. Edmund Blunden (1937: 154), preocupado por las débiles defensas de una aldea de Boesinghe, dijo que "nuestro futuro, en una palabra, dependía de la observancia del principio de 'vivir y dejar vivir', uno de los elementos más sanos de la guerra de trincheras". En su estudio sobre esta cooperación tácita, Tony Ashworth (1980: 46-47) sugiere que estos breves acuerdos con fines pacíficos eran el comienzo de la empatía mutua que se extendía a otras áreas: si permitimos al enemigo vivir en paz, lo mismo harán ellos con nosotros. Esa manera de comportarse reforzaba tanto la empatía como el uso de la inacción para comunicarse a través de los respectivos frentes de guerra. Un aspecto del vivir y dejar vivir fue el uso ritual de la artillería. Lord Reith (1966) escribió lo siguiente: "Es divertido. El enemigo lanza unas cuantas granadas a nuestra

trinchera. Conocemos perfectamente vuestra zona de tiro, ya lo veis. Nada de bromas. Nuestras baterías replican. Sabemos dónde está vuestra línea de trincheras y conocemos vuestra posición, las dos cosas. Basta de absurdo. A vivir y dejar vivir”.

Robert Axelrod (1984: cap. 4), inspirándose en la obra de Ashworth, utiliza la política de vivir y dejar vivir como ejemplo de la estrategia cooperativa del dilema del prisionero. La política del “ojo por ojo” es lo suficientemente simple como para dársela a conocer al otro bando, y proporciona a ambos bandos una manera de cooperar racionalmente para minimizar la severidad de la trampa en la que se hallaban insertos. No obstante, vivir y dejar vivir no es un ejemplo perfecto del dilema del prisionero. El argumento egoísta que induce a disparar al enemigo para defenderse (en ausencia de cooperación) es mucho más débil que el que aconseja confesar en el dilema del prisionero. Axelrod indica que el debilitamiento del enemigo tendría que facilitar la supervivencia en una batalla importante, y algo de esto hay. Pero debido a factores tales como los refuerzos y la rotación de tropas, la ventaja de disparar parece más especulativa y remota que el beneficio que obtiene el prisionero que confiesa su jugada. No obstante, en una guerra de trincheras y de poca movilidad, los batallones se mantuvieron frente a frente durante bastante tiempo, de modo que hasta cierto punto el dilema del prisionero se repetía en las mismas condiciones y la cooperación acababa siendo racional (conocían las zonas de tiro de la artillería). Cuando los batallones rotaban, los que se marchaban indicaban a su reemplazo los entendimientos tácitos, y del “ojo por ojo” se llegó a una política de vive y deja vivir.

Este contraste entre la imagen mental del enemigo en la batalla y las imágenes reales con que los combatientes se topaban después es algo que se menciona a menudo. Sidney Rogerson describió su reacción tras haber visto a algunos prisioneros alemanes:

El enemigo se convierte pronto en una leyenda. Las trincheras bien protegidas por alambre de espino que había delante de las nuestras, con frecuencia a apenas unos cuantos metros de distancia, acogían, creíamos, a una raza de salvajes, los alemanes, bestias rubias que no daban cuartel, que crucificaban a los canadienses, pasaban por la bayoneta a los bebés, violaban a las mujeres belgas y, de hecho, habían construido fábricas para cadáveres donde convertían los cuerpos de los muertos en grasa... sin embargo, ¿eran

estos jóvenes pálidos y serios en verdad capaces de semejantes enormidades?
(cit. en Burke 1999: 166).

Asimismo, los soldados reconocían que el enemigo estaba sufriendo de forma similar a ellos. En palabras de William Clarke, soldado de infantería: “Al estar cara a cara con el enemigo, no se puede sentir odio personal; eran soldados como nosotros, manipulados por estadistas y generales y belicistas. Tanto nosotros como ellos éramos carne de cañón” (Burke 1999: 167). En particular durante los bombardeos, los soldados a menudo sentían una intensa piedad por los enemigos que tenían enfrente al tiempo que declaraban su intención de matar a tantos como fuera posible. En la batalla era más fácil trazar una distinción entre los combatientes enemigos y sus líderes, como sucede en las estrofas de un poema publicado en *Aussie*: “No deseo que Hans y Fritz/ vuelen en pedazos; / es la paz lo que quiero ver: / sus pedazos no me sirven de nada. / Pero colgaría al Káiser bien alto / con toda su compañía privada” (Burke 1999: 167).

El 13 de mayo de 1915 el capitán Julian Henry Francis Grenfell fue alcanzado en la cabeza por fragmentos de un obús. “¡Creo que voy a morir!” exclamó alegremente, y al cabo de 13 días su profecía se había cumplido. Tenía 27 años. A Grenfell le gustó la guerra y supo demostrarlo: durante la batalla de Ypres destacó como francotirador por haber conseguido matar a un buen número de alemanes, registrando en su diario de caza a sus víctimas junto a las perdices “cazadas”. En su anotación del 24 de octubre de 1914, en el inicio de dicha batalla, escribió sin aliento a su madre: “Nunca antes en la vida me había sentido tan en forma y feliz; adoro el combate”, y unos meses después, en noviembre, anotó que la guerra era “la *mejor* diversión. Nunca, nunca me he sentido tan bien o tan feliz, nunca había disfrutado tanto de algo. Es lo más apropiado para mi salud impasible y mis nervios impasibles y me predisposición a la barbarie. La excitación del combate infunde vida a todo, a cada cosa que veo, cada palabra, cada acción” (Burke 1999: 142-143). Y continuaba “nunca se ama tantísimo al prójimo cuando se está empeñado en matarle”.

La venganza era todavía más importante para aliviar los remordimientos. La mayoría de los combatientes solo se mostraban dispuestos a acabar con la vida de otro ser humano después de haber visto morir a sus compañeros de armas, lo cual dotaba a los soldados de “una cuenta que saldar” y les “empujaba a la acción”. El francotirador Thomas Ervine explicaba su habilidad para matar de la siguiente manera: “Alguien disparó su fusil y me dio en la pierna. Yo respondí a sus disparos y le di en la cara. Podía ver la sangre extendiéndose con rapidez por

su rostro, saliendo a borbotones de su mejilla. Era un tío joven y apuesto, pero era un francotirador, y si yo no le hubiera dado, Dios sabe a cuántas personas más habría podido matar” (Burke 1999: 224). El deseo de venganza era todavía más eficaz cuando el soldado se había visto obligado a afrontar su propia mortalidad, de ahí la reiteración constante de que la alternativa era matar o morir. Como comentó con sequedad Sydney Lockwood, un exterminador consagrado tras decapitar a un alemán, “No fue bonito, pero uno de los dos tenía que morir esa noche”. Victor Ricketts, un francotirador, era de la misma opinión: “No es agradable tener a otro ser humano a la vista, con tal claridad que casi eres capaz de ver el color de sus ojos, y tener la certeza de que en cuestión de segundos otra vida habrá llegado a su fin. Sin embargo, uno no puede dejarse afectar por ello, hay que ser insensible, a fin de cuentas se trata de ojo por ojo, diente por diente” (ibíd.). Tras lo cual añadió: “En cualquier caso, bien podría ser al revés”.

Si la alternativa “él o yo” podía justificar los actos de violencia más brutales, las atrocidades cometidas por el enemigo podían asimismo emplearse para justificar que se le combatiera con particular violencia. La idea era convencer a los soldados que el enemigo era demasiado maligno para permitirle sobrevivir, lo cual explica que la publicación de historias sobre atrocidades se convirtiera en una industria lucrativa. Entre los libros propagandísticos publicados durante la PGM en Gran Bretaña, los que trataban de las atrocidades cometidas por el enemigo eran mayoritarios. En *German Atrocities. A Record of Shameless Deeds* (1914), William Le Queux resume su argumentación sosteniendo que los *hunos* (alemanes) tienen un “historial terrible y sobrecogedor que enferma de dolor los corazones y hiela la sangre”. (Burke 1999, p. 226).

Los combatientes estaban de acuerdo en que las historias sobre las atrocidades perpetradas por el enemigo aumentaban su ansía de entrar en combate y reducían los remordimientos que sentían cuando mataban. El uso de gas venenoso en el frente occidental, que muchos consideraron aunque no por mucho tiempo como algo contrario a las leyes de la guerra, hizo que gran número de soldados juraran vengarse. En palabras de Harold Peat, uno de los hombres del contingente canadiense que fue víctima del primer ataque con gas:

“Los que inhalamos menos de ese veneno asqueroso nos pusimos negros y nos llenamos del odio más mortal. Luego, con todas las fuerzas que fuimos capaces de reunir, matamos y matamos y matamos. Más aún, matamos brutal y salvajemente. Puntas de bayoneta afiladas y torcidas, fusiles como porras,

un cuchillo dejado por algún hombre de color, arrebatado con rapidez... enterrado hasta el puño... un súbito atracón de odio... la lujuria de la batalla... venganza... ¡locura!” (Burke 1999: 227).

Los crímenes estaban ligados al proceso de deshumanización, el cual se compone de dos elementos: por un lado el combatiente deja de ser una persona “civilizada”, por el otro, el enemigo deja de ser humano. Aquí era esencial que se describiera al combatiente como alguien que ha perdido el control. Una y otra vez los relatos bélicos insisten en que los soldados no estaban asesinando “realmente”: durante el enfrentamiento algo los “poseía” y solo después volvían a su “verdadero ser”. En palabras del soldado y estudiante Donald Hankey, una vez que su bayoneta ha sido “ungida con la sangre” de su primer enemigo, el combatiente “se enfurece. La ‘sed de sangre’ primitiva, que toda su vida ha estado sofocada por las leyes y los principios de la sociedad pacífica, afloran por todo su ser, transformándolos, enloqueciéndolos con el deseo de matar, matar y matar” (Burke 1999: 228).

El ataque asesino de un soldado podía perdonarse con el argumento de que “perdió por completo la cabeza”; o con la excusa de que “le ardía la sangre”. Un soldado que había pasado por la bayoneta a un prisionero confesaba: “No pude evitarlo, señor, el sentimiento me dominó; traté de evitarlo, pero tenía que hacerlo y lo maté” (ibíd.). Charles Alexander se excusó por haber usado su fusil y su bayoneta con una “alegría endiablada” señalando que “estaba bajo el control de todos los instintos primitivos y pensaba que era una mañana gloriosa”. Se consideraba que el instinto homicida formaba parte de la herencia humana, pero que solo en circunstancias excepcionales conseguía dominar al hombre “civilizado”.

FINAL, ¿LA PAZ?

Todos los tratadistas de la guerra, antiguos o modernos, han coincidido en que la victoria es un absoluto irrenunciable. Desde los autores clásicos que se han ocupado de la justicia de la guerra, hasta los polemólogos más acreditados de la actualidad, como el norteamericano Michael Walzer (2011), han elevado la incondicionalidad de la victoria hasta el extremo de darle capacidad para dejar en suspenso prohibiciones reguladas por el *ius in bello*. En la obra de también se incluye la inobservancia de leyes de guerra que regulan el comportamiento de los soldados en combate, en aras de la irrenunciabilidad de la victoria.

Quizá por ello no sea del todo asombroso que el final de toda guerra pueda considerarse como un amanecer, como el mejor momento para que un pueblo emprenda una nueva vida, como si la guerra fuese un capital de vigor y moral acumulado. “La victoria no es un deseo ni un empeño, ni tan siquiera una necesidad, la victoria es una ineluctable constricción a la que se ve supeditado todo aquel que se resuelve a combatir. La victoria es un absoluto que se tiene derecho a perseguir a ultranza, es el derecho que el ofensor ha conferido al agraviado” (Sánchez Ferlosio 2008: 394).

En realidad, la guerra finalizó de la peor forma posible. Los alemanes negaron haber sido derrotados. Los americanos insistieron en que había sido su victoria y, sin embargo, los aislacionistas republicanos se negaron a ratificar el tratado retirando la presencia norteamericana de Europa. Los franceses insistían en que había sido una victoria exclusivamente suya, mientras los británicos concluyeron que todo el conflicto había sido inútil y criminal.

En las capitales de los vencedores se produjeron escenas de enorme alegría, mientras en Alemania se instaló una extraña tranquilidad debida a la amenaza de nuevos disturbios. En Inglaterra, Lloyd George afirmaba: “Espero que podamos decir que esta histórica mañana marcó el final de todas la guerras”. Stefan Zweig (2002) narraba en sus memorias las esperanzas que se depositaban en el nuevo mundo que iba a surgir de las cenizas de la guerra:

Creíamos en el grandioso programa de Wilson, que suscribíamos por entero; en aquellos días en que la Revolución rusa todavía celebraba sus esponsales con la idea de la humanidad y el pensamiento idealista, veíamos nacer en Oriente un incierto resplandor. Éramos unos necios, lo sé. Pero no sólo nosotros. Quien vivió aquella época recuerda que las calles de todas las ciudades retronaban de júbilo al recibir a Wilson como salvador del mundo, y que los soldados enemigos se abrazaban y besaban; nunca en Europa había existido tanta fe como en aquellos primeros días de paz, pues por fin había lugar en la Tierra para el reino de la justicia y la fraternidad, prometido durante tanto tiempo; era ahora o nunca la hora de la Europa común que habíamos soñado. El infierno había quedado atrás, ¿qué nos podía asustar después de él? Empezaba otro mundo. Y, como éramos jóvenes, nos decíamos: será el nuestro, el mundo que soñábamos, un mundo mejor y más humano.

Los combatientes se hallaban ligados inevitablemente a sus recuerdos y eso hizo que el cierre de la PGM fuera en falso.

El 10 de noviembre vino el pastor del hospital para dirigirnos algunas palabras; fue entonces cuando lo supimos todo. El venerable anciano parecía temblar al comunicarnos que la casa de los Hohenzollern no podía seguir llevando la corona imperial alemana, que la patria se había erigido en “república”, y que solo quedaba pedir al Todopoderoso que diese su bendición a esta transformación y que no abandonara a nuestro pueblo en el futuro. [...] En la pequeña sala había un profundo desánimo en todos los corazones y creo que no había quien pudiese contener las lágrimas. Pero cuando él siguió informándonos que nos habíamos visto obligados a dar término a la larga contienda; que nuestra patria, por haber perdido la guerra y estar ahora a la merced del vencedor, quedaba expuesta en el futuro a graves humillaciones; que el armisticio debía ser aceptado confiando en la generosidad de nuestros enemigos de antes, entonces no pude más. Mis ojos se nublaron y a tientas regresé a la sala de enfermos, donde me dejé caer sobre mi lecho, ocultando mi confundida cabeza entre las almohadas. [...] Lo que siguió fueron días de horrible incertidumbre y noches peores todavía; sabía que todo estaba perdido. Confiar en la generosidad del enemigo podía ser solo cosa de locos o bien de embusteros o criminales. Durante aquellas vigiliias germinó en mí el odio, el odio contra los promotores del desastre. En los días siguientes tuve conciencia de mi Destino. Adolf Hitler (1925) *Mi lucha* (cit. en Englund 2011: 744)

BIBLIOGRAFÍA

- ASHWORTH, Tony (1980): *Trench Warfare, 1914-1918: the Live and Let Live System*. Londres.
- AXELROD, Robert (1984): *La evolución de la cooperación*. Madrid, Alianza.
- BLUNDEN, Edmund (1937): *Undertones of War*, Harmondsworth.
- BOURKE, Joanna (1999): *Sed de sangre*. Barcelona, Crítica.
- CLARKE, Isabell y COSTELLE, Daniel (2013): *Apocalipsis. La Primera Guerra Mundial*. 5 CD.
- ENGLUND, Peter (2011): *La belleza y el dolor de la batalla. La Primera Guerra Mundial en 212 fragmentos*. Barcelona, Roca.

- FERRO, Marc (2002): *La Gran Guerra, 1914-1918*. Madrid, Alianza Editorial.
- FREUD, Sigmund (1953): *Psicología de grupos y análisis del yo. Obras Completas IV*. Buenos Aires, Rueda.
- FUSSELL, Paul (2003): *Tiempo de guerra: conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*. Madrid, Turner.
- FUSSELL, Paul (2006): *La gran guerra y la memoria moderna*. Madrid, Turner.
- GARD, Roger Martin du (2003): *Les Thibault (Tome 3): v. 3*. París, Folio.
- JÜNGER, Ernst (2007): *Tempestades de acero*. Barcelona, Tusquets.
- KESSLER, Count Harry (1999): *Berlin in Lights. The Diaries of Count Harry Kessler (1868-1937)*. Nueva York, Grove Press
- LOZANO, Álvaro (2011): *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*. Madrid, Nowtilus.
- MAZERY, Bénédicte des (2013): *Vidas rotas. Madrid, Alianza Editorial*.
- MIDDLEBROOK, Martin (1971): *The First Day on the Somme, 1 Juli 1916*. Londres.
- REITH, John (1966): *Wearing Spurs*, Londres.
- REMARQUE, Erich Maria (1997): *Sin novedad en el frente*. Barcelona, Edhasa.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael (2008): *Sobre la Guerra*. Barcelona, Ed. Destino.
- SASOON, Siegfried (1930): *Memoirs of an Infantry Officer*, Londres.
- SOLZHENITSYN, Aleksandr (2007): *Agosto 1914. Barcelona, Styria*.
- STOUFFER, Samuel (1949): *Studies in Social Psychology in World War II*. Princeton, Princeton University Press.
- WALZER, Michael (2001): *Guerras justas e injustas*. Barcelona, Paidós.
- YOUNG, Kimball (1969): *Psicología social de la revolución y de la guerra*. Buenos Aires, Paidós.
- ZWEIG, Stefan (2002): *El mundo de ayer: memorias de un europeo*. Barcelona, El Acanalado.

Recibido: 1 de octubre de 2014

Aceptado: 5 de noviembre de 2014

Mario Domínguez Sánchez-Pinilla es profesor titular de teoría sociológica en la Universidad Complutense de Madrid, doctor en Sociología, y licenciado en Sociología, Ciencias Políticas e Historia Contemporánea por la misma Universidad. Ha realizado investigaciones sobre diversos temas relacionados con la sociología política y los movimientos sociales, así como la sociología del conocimiento, metodología y epistemología. Entre sus últimas publicaciones destacan las relacionadas con los menores infractores en centros de reforma o una conceptualización de la violencia política. mariodos@cps.ucm.es